

EL RELOJ DE TORRELISA

*Y yo digo, mientras mi
noche se hace eterna,
pero a la noche ¿no le seguía
el día?*

*Bashar ibn Burd,
Diwan*

UNA TARDE DE FINALES DE AGOSTO DE 17..., don Custodio de la Torre se encontraba trabajando en su taller de relojería de la calle de la Asunción, en Huesca, cuando oyó unos pasos quedos, acompañados del repicar metálico de unas herraduras que avanzaban por el empedrado de la rúa. Levantó la vista de las pesas que estaba rebajando y pudo ver por el ventanuco unas botas gruesas que hollaban descuidadamente la calzada. Detrás de ellas, vio unas pezuñas de caballo y, algo más retrasado y como remolón, un perrillo —calvo y viejo, con abundantes destrozos en el lomo— que asomó el hocico por entre los barrotes oxidados y ladró débilmente. Luego erizó el rabo y echó a correr hasta alcanzar al amo y al caballo. Al cabo de un instante, llamaron a la puerta. Don Custodio, que se encontraba en ese momento pesando los plomos de una pesa de carillón sobre la báscula de cobre, sin levantar la vista del fiel de la balanza observó por el rabillo del ojo cómo esas mismas botas pesadas descendían los cuatro escalones que salvaban la diferencia de nivel entre el obrador y la calle, cuyo umbral el visitante estaba a punto de atravesar.

—Buenas tardes nos dé Dios —tenía la voz grave.

—Buenas tardes Contestó el relojero con la vista fija en el fiel que oscilaba levemente. La balanza acabó por conformarse y entonces don Custodio miró al hombre. Era algo menos que anciano, vestido de casaca, de cuyas costuras escapaban algunas hebras negras. Andaba, como ya se ha dicho, despedido de los cincuenta y se refugiaba de una cierta timidez en un porte noble, como de escribano o servidor de duque. Con una mano sostenía un sombrero de tres puntas mientras que con la otra se sujetaba el cinto que se perdía en los bajos de una barriga prominente. La casaca estaba polvorienta y las botas rebozadas de barro.

—Busco al maestro relojero don Custodio de la Torre —añadió el hombre, al tiempo que desviaba sus ojos de las pupilas del relojero.

Don Custodio se levantó y dejó la pesa corregida en un estante al tiempo que decía, sin mirarle siquiera:

—Yo soy, para servirle a usted y a Dios, si pagan bien—. Se volvió hacia el visitante y añadió, después de toser y escupir en un rincón. —Parece que viene de lejos.

El visitante insinuó una sonrisa y se acercó a tenderle la mano. Don Custodio se la estrechó al tiempo que con la izquierda le alargaba un rebullo de borra y le miraba con sorna. El hombre, tras salir de su confusión, se miró la mano estrechada y se limpió la grasa que la mano de don Custodio le había pasado de la cadena de la pesa. Enojado, dejó el rebullo de borra en un estante al tiempo que contestaba:

—Está en lo cierto el relojero. Soy alcalde de Torrelisa y vengo a encargarle un trabajo.

—¿Dónde cae esa aldea? —preguntó don Custodio cautamente.

—No es aldea, sino villa y anda a unas tres leguas al norte de Aínsa, en la montaña.

Don Custodio hizo un gesto de disgusto:

—Me parece a mí que no va a poder ser. Estoy ya viejo para esos viajes, que no me prueban nada bien. Además, con esta calorina Chizo un gesto vago hacia el ventanuco y la calle. Miró luego al visitante —No estoy para andar de aquí para allá, y menos por una cuestión de tiempo —se rio. El alcalde se movió inquieto y tomó asiento en un banco de madera que el relojero tenía aderezado para las visitas.

—El asunto que me trae —argumentó por fin, tras rascarse la barba interminablemente— no es faena de aprendices. Se trata del reloj de la iglesia, nada más y nada menos, y no andamos con otro en todo el pueblo. Le pagaré lo que desee vuestra merced.

Don Custodio se recolocó el miembro a través de la faja y el calzón.

—Lo que yo deseo no podríais pagarlo ni aunque vivierais cien años más.

—Siempre que sea cabal —añadió el hombre, algo fastidiado.

Don Custodio hizo una pausa y rellenó la pipa.

—No me habéis dicho vuestra gracia.

—Guzmán Portolés me llamo. ¿Vendréis conmigo o no lo haréis?

—Y esa villa que usted alcaldea será grande, supongo —insistió el relojero, sin hacer caso de la pregunta.

—No lo es, que la habitan ahora doscientas almas, pero fue cabeza de partido y capital del valle. Matizó el hombre con algún atisbo de orgullo.

—Importante debe de ser cuando el propio alcalde viene de cuerpo presente a que le recompongan el reloj —afirmó don Custodio entre una calada y otra a la pipa.

El hombre pareció ofenderse al fin:

—Se ve a la legua que sois maestro en muchas cosas salvo en cortesía. Si he venido de cuerpo presente, como decís, es tan sólo para asegurarme de que ningún mandado mío volverá sin el relojero del que hemos mucho menester. El reloj de la iglesia nos hace mucha falta y su mal andar nos tiene muy fastidiados. ¿Vendréis o no? No sois el único relojero de Huesca, que yo me sepa.

—No, por cierto —replicó el anciano con una carcajada —Pero sí el mejor.

—Estoy por bajar a Zaragoza si ha lugar a ello —contestó don Guzmán alzando la voz.

—No hará falta. Iré yo mismo. Y ahora, decidme, ¿qué le pasa a ese reloj?

Don Guzmán pareció tranquilizarse al fin y se arrellanó en el banquillo.

—Yo no soy ducho en estos mecanismos —señaló los relojes destripados que sembraban el taller—, pero está claro que algo anda mal en él. Hay noches que no parece sino que vaya a pararse o, simplemente, suelta las horas cada media simplemente y, a días, echa las doce campanadas cuando no está más que amaneciendo. Y lo grave es que el pueblo entero está regido por su marcha desde hace cuatro siglos. En cierta

manera —esbozó una sonrisa—, es él quien manda y no yo, que soy el alcalde. Y todos bailamos a su música. Cuando manda siesta, todos a dormir. Si trabajar, a trabajar todo el mundo y si fiesta, pues a holgar. Pero ahora las cosas han cambiado. Manda siesta a las doce de la mañana y dice que descansemos a la salida del sol. Los labriegos permanecen trabajando hasta que caen rendidos y entonces el reloj toca maitines. Otros días, suelta una única campanada en toda la jornada y los más, las larga todas de golpe, una tras otra y, como además la máquina da los cuartos y las medias, pues, si es de noche, no hay quien duerma. Y ya se sabe, labriego que no duerme, patatas que no crecen.

Don Custodio rio por fin.

—Es el desajuste más gracioso del que tuve noticia en toda mi vida de relojero.

—No os parecerá de risa cuando lo veáis con vuestros propios ojos.

—Y la esfera, ¿anda bien? ¿O es sólo la sonería la que se ha turbado?

—No lo sé. En el pueblo no hay otro reloj, salvo uno de sol que tiene roto el nomon. Pero yo creo que es todo el mecanismo el que no marcha.

Don Custodio enarcó las cejas.

—¿No tenéis otro reloj en todo el pueblo?

El alcalde negó con la cabeza y se removió inquieto:

—Es tradición que cualquier reloj que entre en el pueblo se guarde en una sala a los efectos hasta que el dueño abandona el partido.

El relojero le lanzó una mirada sospechosa y fue a hablar, pero se quedó callado al fin, a la vez que hacía un gesto al alcalde invitándolo a seguir con su descripción.

—Es muy grande de tamaño. Sólo el mecanismo ocupa todo el último piso de la torre. Tiene muchas ruedas y, en medio de la esfera hay figurillas que golpean unas campanillas antes de que arranque la sonería. Una de ellas sale durante el día y tiene la cabeza en forma de sol. La que sale por la noche es de cuerpo de mujer y cabeza de luna llena. También hay una escotilla de la que salta un gallo que da

siempre el anuncio de un nuevo día, al primer rayo de sol.

—Eso es imposible —negó el relojero en el acto—. Nadie ha conseguido semejante complicación.

—Lo podrá ver vuestra merced cuando venga al pueblo. —Don Guzmán miró a don Custodio con ojos de reproche por su desconfianza. —Y es —prosiguió con su descripción— de los más antiguos y perfectos de España, ya que fue hecho según un modelo francés de la catedral de Estrasburgo y no hay quien iguale a éste en cuanto a sonoridad de las campanas o perfección de la marcha. Que se recuerde en el pueblo, sólo una vez estuvo en un tris de pararse y hubo de llamar al relojero de Barbastro. Fue durante las pestes del siglo catorce.

—¿Del siglo catorce? Me parece que exagera el alcalde. En aquellos tiempos las horas las tañía el hijo del sacristán con una ampolla de arena en la mano y una maceta en la otra.

—Es lo que dice la tradición de Torrelisa. Yo no sé con exactitud de qué siglo es, pero está claro que antiguo lo es y mucho.

—En todo caso, siempre se podrá sustituir por otro más nuevo —argumentó don Custodio—. Si realmente hace cuatrocientos años que marcha, ya va siendo hora de que descanse un poco. Llegado el momento, siempre podré haceros buen precio a cambio del viejo.

Don Guzmán Portolés se alarmó visiblemente:

—¿Otro nuevo? —estaba pálido—. No, por Dios, ni pensarlo. Nuestro reloj no puede sustituirse nunca ni menos pararse, ni tan siquiera para arreglarlo.

El relojero enarcó las cejas y empezó a pensar si aquella visita no sería nada más que una superchería de anciano.

—No pretenderéis que lo arregle en movimiento. Cambiarlo no me llevará más de dos meses, tres a lo sumo. Mientras tanto os podría instalar uno provisional, a fin de que vuestros paisanos se orienten mientras termino mi trabajo.

El alcalde hizo amago de levantarse de su asiento y de querer ir. Estaba tembloroso. Se puso el sombrero y se frotó las mangas de la camisa, que dejaron levantar abundante polvo.

—Iré en busca de otro relojero —sentenció.

Don Custodio se sorprendió enormemente por el cambio experimentado en la persona del alcalde. Le rogó que tomara asiento otra vez y se disculpó, muy a su pesar, por su sugerencia.

—Nuestro reloj no se puede cambiar en ningún caso —susurró por fin el alcalde—. No quiero que volváis a insinuarlo de ningún modo, si es que os decidís a hacer el arreglo. Y tampoco se puede detener, sería una tragedia para el pueblo.

Don Custodio se puso algo nervioso. El alcalde no parecía estar muy en sus cabales. Hizo acopio de paciencia, mientras daba una larga chupada a la pipa, y le interrogó, tratando de que sus palabras no le resultaran hirientes.

—¿Qué os hace suponer que parar el mecanismo pudiera suponer una desgracia para nadie?

—Os diré algo que no habréis de creer sin duda: la última vez que falló que, como ya dije, fue en las pestes, murieron la mitad de los vecinos y muchos otros desaparecieron. La otra, que fue mucho antes, cayó una helada tan espantosa que la leche se heló en las ubres de las vacas. Pero en ambos casos nunca llegó a pararse por completo.

—Se trataría de simples coincidencias, sin duda —concluyó don Custodio—. Pero en algo os doy la razón. Si se trata, como afirmáis, de una réplica del carillón de la catedral de Estrasburgo, no hay duda de que es un reloj de calidad. Y me temo que os ha de costar además buenos dineros. Un reloj de esa categoría necesitará semanas de trabajo.

—¿Cuánto podría costar al pueblo? —preguntó ansioso don Guzmán.

—No menos de... —don Custodio hizo una pausa, a sabiendas de que ello producía en los parroquianos tal angustia que la cifra final no resultaba tan onerosa como esperaban— cinco mil maravedíes. —Quedó a la espera.

Don Guzmán asintió con cara de alivio.

—Os daré la mitad de esa suma al llegar y el resto al acabar vuestra faena, si os parece bien. Y me comprometo a abonaros dos mil más si la reparación resulta intachable.

Don Custodio quedó estupefacto por la sorpresa. Nunca, en cuarenta años de relojería, había cobrado más de mil maravedíes por un trabajo, ni siquiera por uno complicado como aquél. Había dicho esa cifra porque la angustia y ansiedad de aquel hombre habían excitado su crueldad. Esperaba que la rebaja presumible de aquel precio le colocaría en condiciones ventajosas para afrontar el viaje y exigir un buen trato y alojamiento, cosa no siempre fácil para un modesto artesano.

—Me habréis de alojar en sitio fresco y confortable Cañadió el relojero antes de que se pasara la ocasión de mayores exigencias.

—Os hospedaréis en mi propia casa, si así gustáis —aseguró el alcalde con una sonrisa de complacencia.

Don Custodio se levantó y estrechó la mano del alcalde, al tiempo que decía:

—Partiremos mañana por la mañana si es posible.

Don Guzmán Portolés enarcó las cejas:

—¿No podría ser hoy mismo? Por mi parte no hay inconveniente.

Don Custodio negó con un gesto:

—He de terminar un encargo esta misma tarde —señaló un carillón que permanecía destripado sobre la mesa del obrador. —Además, me es necesario dar algunas instrucciones al aprendiz. Y el oficial, por si fuera poco, está de encargo en Barbastro. Así que tendrá que ser mañana —hizo una pausa—. ¿Tanta prisa tenéis?

Sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, maestro. Pero hay más de veinte leguas. Son cuatro jornadas como poco.

—Veinte leguas o treinta, lo mismo nos da. Si el reloj ha esperado cuatrocientos años para acatarrarse, bien podrá aguardar un día más para bajar la fiebre.

El alcalde sonrió con timidez.

—Vendré a buscaros al alba.

—Traeros un buen jumento con vos —añadió don Custodio al tiempo que tomaba la pesa del carillón y la

introducía en el platillo de la balanza—. Y algo de provisión.

—Así se hará —aseguró el relojero—. Y que tengáis buena noche.

—Hasta mañana —le despidió el relojero.

El alcalde desapareció de la vista tras agachar la cabeza para traspasar el umbral y don Custodio volvió a ver sus botas altas a través del ventanuco enrejado. Los sordos cascos de su burra golpearon el empedrado hasta hacerse invisibles. El relojero volvió a la faena, al tiempo que se sumía en sus pensamientos. Se sentía contento, con esa alegría brevísima que suelen tener los viejos, alegría que dura todo lo que tardan en despegar el culo de la banqueta. Se acordó de sus épocas de juventud, en las que vagaba por todo Aragón y Cataluña en compañía de don Pedro Sarmiento, recomponiendo relojes y haciendo sonar las campanas desde lo alto de la torre de cualquier pueblo, retozando por la noche en busca de alguna pardala a la que hacer dar las campanadas sobre el trigo agavillado de alguna era. Aquellos sí que eran tiempos. Vio, por entre el nublado de la memoria, la cara vieja del relojero con el que anduvo más de diez años, primero como aprendiz, luego como oficial, y cayó en la cuenta de que aquel pueblo de Torrelisa no debía de andar lejos de aquel otro de Sarsamarcuello, en el que una moza de bigotes le había tenido en danza durante más de un mes. Recordó el desastre del reloj de Sarsamarcuello y los airados vecinos que los encorrieron a pedradas por entre las mieses. Y la paliza que le propinó don Pedro cuando se enteró de sus andanzas nocturnas con la sobrina del cura, o la hija, que nunca llegó a saberlo bien. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo al rememorar aquellas noches pasadas de turbio en turbio, revolcándose en la paja y brincando sobre la sacristana cada vez que el reloj se ponía en marcha. Aquellos días en que se levantaba nublado y con un suave picor en la entrepierna, días en los que casi no podía moverse ni aún tenerse en pie de puro tembleque. Don Pedro le sacaba del cobertizo a empujones y lo arrastraba lascivo y perezoso hasta la torre, en la que se pasaba la jornada escurriendo el bulto. “Don Pedro, mientras usted ajusta la catalina y engarza el ánora, yo bajo a reglar las pesas.” Y don Pedro asentía a regañadientes y farfullaba algo respecto a la hostia divina y la sacristía. Entonces él desaparecía de la vista y se tumbaba en cualquier

rincón, detrás de las maromas de la sonería y lejos de los excrementos de paloma, durmiéndose entre sueños viscosos de enamorado primerizo, de los que don Pedro lo sacaba a puntapiés —si llevaba ya rato soñando— o de un vocerío de anciano si le descubría inmediatamente. ¡Qué bueno y qué hideputa era don Pedro! ¡Y cómo quedó el reloj de Sarsamarcuello! ¡Los domingos guardaba fiesta, como los labriegos, y cuando tronaba y hacía rayería campaneaba de puro terror! Iba peor que el de Pamplona, que era mucho decir. Don Custodio se reía sólo en su obrador de la calle de la Asunción de Huesca. Cuando volvió a Sarsamarcuello, ya de oficial, subió a la torre y vio cómo las campanas estaban plagadas de caracoles. ¡Y todo por culpa de aquella pardala! Se rompió el hilo de sus recuerdos y notó que había rebajado más plomo del necesario y que la pesa estaba inservible. Blasfemó en voz alta justo cuando aparecía el aprendiz:

—¿Qué tripa se le ha roto, don Custodio? —replicó el jovenzano, de lo más dicharachero. Era agudo como un zorro y más feo que un cochinillo. Don Custodio pensaba a veces que le recordaba a sí mismo en las épocas de aprendiz y esto le abstenía de darle bofetadas a cada una de sus impertinencias.

—¿Te pagaron aquello que te mandé cobrar? —repuso agrio el relojero.

—¡Nada, maestro! ¡Qué como no mande a alguien con más barbas, no cobra ni el día del Juicio! —venía comiendo altramuces y arrojaba las peladuras entre las pesas y ruedas del anaquel.

Don Custodio volvió a blasfemar y el aprendiz tomó asiento en el banquillo.

—Salgo mañana a un encargo a la montaña —rezongó el relojero.

El rostro del aprendiz se iluminó de dicha.

—No sé cuánto tiempo estaré allá arriba —siguió diciendo—, pero escucha bien la faena que te dejo.

—Descuide, maestro —interrumpió el aprendiz—. Todo habrá de ir como de perlas.

El relojero bufó de desconfianza y lanzó una blasfemia. Después empezó a desgranar instrucciones y

encomiendas sobre los oídos indiferentes del aprendiz. Al acabar, le ordenó que compusiese las pesas y las montase en el carillón, pues estaba cansado y le esperaba una dura jornada al día siguiente. Salió del taller, después de haber cargado con los útiles necesarios para la faena y haber lanzado nuevas amenazas y admoniciones sobre el mozalbete, y se encaminó hacia su casa, a tres calles de distancia. Tuvo, mientras zapateaba por los adoquines de la calle de San Justo, la extraña sensación de que tardaría en volver. No debería ir. Al fin y al cabo, acababa de cumplir cincuenta y siete años y ya no estaba para muchas fiestas, y menos en lo alto de un campanario. Pero el recuerdo de sus años mozos le impedía tomar una decisión en contra y se sentía, en cambio, arrastrado hacia el viaje. Deseaba sentir otra vez la emoción de enfrentarse, con su mandil a rayas, al mecanismo intrincado del reloj de la iglesia, de hacer sentir sobre la máquina el poderío de sus cuarenta años destripando relojes, de someter, en definitiva, el tiempo a sus dictados y conseguir por fin que las campanadas brotasen lentas al son de su voluntad. Llegó a su casa e introdujo la llave en la cerradura al tiempo que tiraba de la manilla para que girase. Su mujer estaba cosiendo a la puerta del patio interior, delante de las gallinas que picoteaban incansables entre los excrementos del cochino.

—Vienes pronto —fue todo el saludo.

—Ya ves —se sentó a la sombra del cañizal sobre un taburete bajo y encendió la cachimba—. Salgo mañana a la montaña. A un encargo.

La mujer se rebulló en la silla y levantó la vista de la labor.

—¿A un encargo? ¿A tus años? Y qué estarás, ¿unos días?

—O meses —aspiró la pipa—. O a lo mejor me encuentro a una moza recia allá arriba y ya no vuelvo —escupió al suelo.

—No lo querrá Dios —volvió a prender el ganchillo y se rodeó de una nube de indiferencia.

—Dios nunca quiere lo que nos da gusto —don Custodio rio por lo bajo.

—Será que mucho gusto le das tú a Él.

Se quedaron en silencio más de media hora. Don Custodio se levantó por fin y fue a buscar la saca con los útiles que había cogido del taller. Los extendió delante de sí y con un trapo y una botella de aceite los fue repasando uno por uno, mientras dejaba escapar nubes de humo intermitentes, de las que su mujer se sacudía con una mano huesuda y enrojecida de puro fregote. El calor había cedido y empezaba a verse mal. La mujer desapareció y volvió al cabo de un rato. Con cierto esfuerzo, don Custodio se levantó y entró en la casa. Cenaron en silencio delante de la chimenea de piedra, en cuyo hogar había restos de basuras calcinadas y la rama reseca del olivo de Pascua.

—CÓ, te pongo algo para el viaje —afirmó la mujer.

—Echa algo a la saca, pero poco, que ya sabes que soy de poco comer cuando viajo. Echa el vino ese de Isabelino, que le daré buena cuenta.

—Eso no te se ha de olvidar, *pájaro*.

—Y pon una buena manta y un pellejo, que allá arriba hace un frío que jode la perra.

—¿En qué quedamos? ¿Te echo el vino o el pellejo? —preguntó la mujer con sorna.

Don Custodio acabó las sopas y echó un buen trago de la bota. Eructó.

—Bueno, mujer, me voy a dormir que mañana me han de buscar al alba. Si se prolonga el asunto, que no creo, ya te mandaré recado con el de la posta. Pero pienso que en un par de semanas estoy de vuelta.

La mujer nada respondió. Sacó un rosario de un estuche de nácar y empezó a desgranar avemarías. Don Custodio se retiró deprisa y se metió en la cama, después de haber sacado con el pie el orinal de debajo del jergón. Pero no podía dormir. Dio varias vueltas y acabó por fijar la vista en el techo, mientras escuchaba los murmullos de la mujer. Sonaron las diez y se sintió más inquieto todavía. La mujer, después de algunos paseos en oblicuo por toda la casa, se metió en el lecho y el relojero sintió pasar las horas de balde mientras se removía inquieto. Al oír los ronquidos de la esposa, don Custodio metió la cabeza debajo de la almohada,

pero la sacó al rato y dio un par de empujones al bulto que yacía a su lado hasta que se hizo el silencio. Pasaron muchas horas. La ventana fue clareando y se oyó un gallo a lo lejos. Don Custodio empezó a darle vueltas a la idea de decir a don Guzmán que no iba y que ya mandaría al oficial cuando volviese de Barbastro, pero recordó el ansia del alcalde y los dineros que le había prometido y decidió que no podía dejar de ir. Se incorporó perezosamente y se encontró peor que nunca. La cabeza le dolía y sentía en los ojos el escozor del sueño no desatado. Maldijo en voz alta y salió del lecho entre rezongues y juramentos. En la palangana del dormitorio se lavó la cara y vistió el jubón y las abarcas, echándose luego una capa liviana por encima. Sin despedirse de su mujer, salió dando un portazo, después de haber cogido la saca en la que ésta le había puesto las viandas y la manta para la noche. En las tres calles que recorrió de vuelta al taller de la calle de la Asunción no se encontró con un alma. La mañana estaba fresca, pero los rayos de sol no encontraban a su paso una mala nube. El día iba a ser caluroso, pensó don Custodio con resignación. Sentado a la puerta del taller, esperó a que apareciera don Guzmán, mientras notaba cómo los ojos se le cerraban de sueño. Cabeceó una y otra vez hasta que oyó por fin las herraduras de dos bestias que se acercaban por el extremo de la calle. Don Guzmán venía risueño y lleno de vida. Parecía mucho más joven que la tarde anterior. Se saludaron y don Custodio se aupó en su jumento, tomando ambos la calle de las Tenerías para salir por el camino real de Barbastro.

El día transcurrió lento y caluroso. Don Custodio cabeceaba una y otra vez hasta que su frente golpeaba con la testuz del animal. Cada vez que esto sucedía, la acémila lanzaba un relincho arrebuñado que le hacía levantar apresuradamente la cabeza. Don Guzmán, en cambio, cantaba en ocasiones letrillas de jotas a media voz mientras con la mano derecha arreaba, con una zurriaga que llevaba prendida de la muñeca, ora la mula de don Custodio, que se rezagaba al sentir la poca vigilia de su jinete, ora la suya propia. Pararon a comer cuando el sol estuvo en lo más alto. Don Custodio prefirió no probar bocado y se contentó con echar un trago de la bota de Isabelino, tras lo cual quedóse dormido como un bendito, a pesar de las advertencias y los ruegos de don Guzmán, que le conminaba a adelantar camino

y a no demorarse de esa forma. Se levantó por fin el relojero cuando el sol anduvo flojo y retomaron el camino de nuevo hasta que la noche fue cayendo y las mulas empezaron a requebrar el paso y a encabronarse por la falta de luz y la morriña de la cuadra. Como quiera que allí cerca vieran una paridera, hacia ella dirigieron sus pasos, tirando de las mulas y el perrillo. Era una cuadra abandonada, sembrada de paja y de boñigas y rodeada por un murillo estrecho, hasta una altura como de cadera, hecho todo él de piedra. En una de las esquinas del recinto se veían restos de fogatas y leña en hatillos, y más allá, una piel de conejo ensangrentada y huesos mondos en derredor. Desalforjaron las mulas y les dejaron cuerda para que pastasen, mientras hacían una fogatilla para calentar las gachas que el alcalde traía en un librelillo sellado con corcho.

Don Guzmán miraba cada vez más desconfiado a don Custodio. Le parecía a fin de cuentas hombre de poca presencia para la empresa que en el pueblo se traían entre manos, sobre todo cuando le recalaba la figura, pues era don Custodio corcovado de hombros, descangallado de huesos y corrido de cejas, con ojillos de conejo que pareciera que fueran a salirse de las órbitas de pura malicia, y una barba grisácea y sucia, surcada de hebras negruzcas y brillante de grasa, sobre la que las gachas iban dejando arroyuelos de manteca. Las manos, observó don Guzmán, eran largas y blancas, con venas enormes y violadas que serpenteaban hasta perderse por entre los dedos, y en los cantos de sus uñas planas una media luna de roña ponía triste diadema a las callosas falanges. Las orejas eran pequeñas y de sus agujeros salían, como de las huesas de la nariz, largos pelos, negros e hirsutos, que asemejaban antenas de coleóptero, y de los que don Custodio tenía por costumbre dar unos tironcillos ligeros de los que sacaba al parecer gran contento. Del poco pelo que aligeraba su calva no ponía el relojero mucho cuidado, pues lo traía en mechones cenicientos y diablescicos, arándolo unas veces con las uñas y segándolo otras con una boina tan vieja que hasta el mismo pitorro andaba tullido y fatigado. Del resto de su figura para qué hablar. Un jubón de trapo le llegaba hasta las nalgas y un calzón de fieltro le tapaba las pantorrillas, bajo las cuales unas abarcas enormes dejaban entrever los pies hinchados por el poco ejercicio —en los que los juanetes llevaban años de licencia— y algunos dedos

montaraces y sarpullidos. Pero acabó por reconocer el alcalde, muy a su pesar, que aquel hombre, pese a su porte estrafalario y a su grosería soez, iba muy seguro de lo que hacía y decía, por lo que prefirió esperar a la llegada para descargar sus dudas y reparar el desastre si lo hubiera.

Acabaron de cenar y don Custodio sacó la pipa, rellenando la cazuela hasta los bordes para prender luego el tabaco con un tizón que sacó de la fogatilla. La noche era estrellada y se oía un ligero airecillo que de vez en cuando hacía temblar las llamas. Don Guzmán estaba algo nervioso y el relojero adivinó que no tenía por costumbre pasar noches al raso, ni menos en compañía de desconocidos.

—Está buena la noche Ccomentó.

—Sí está calma, sí —replicó el alcalde.

Don Custodio escupió al fuego.

—Que hay pueblos por aquí o algo —hizo una seña por derredor.

—Ahí arriba, detrás de esas peñas, está Linás, y un poco más allá Riglos, pero más, más allá.

El relojero se restregó la espalda contra la pared de piedra en la que se apoyaba.

—Pues muy de niño me contaron una historia de esta tierra. Anda que no me quitó sueño el cuento ni nada —el alcalde pareció inquietarse, pero don Custodio hizo caso omiso—. Resulta que una noche como ésta misma en que estamos los dos, en un pueblo de por aquí, encontraron a un hombre degollado —don Custodio se llevó la uña del pulgar derecho a la oreja izquierda y la paseó por todo el cuello con fruición— de oreja a oreja —recalcó—. Y claro, todo el pueblo se levantó y se puso a rastrear por ver de encontrar al criminal. Y buscaron y buscaron hasta que llegó el alba y se dieron por fin. Y a la siguiente noche, otro hombre que se encuentran en un pajar. Pero éste todavía manaba sangre y decía algo que no podían entender. Total, que uno de ellos le taponó un poco la herida por ver si al dejar de burbujear la sangre se enteraban por fin de quien era el criminal. Pero nada, ni por éstas, se les murió sin decir esta boca es mía. Y así pasaron muchas noches hasta que, por fin —don Guzmán estaba pálido a la luz de la hoguera, y parecía tan inquieto

como molesto—, un buen día, o mejor, una buena noche, llaman a la casa del cura, y va el preste a abrir la puerta y se encuentra a un vecino con el cuello rasgado por una hoceta, chorreando sangre como un cochino el día de San Martín. Pero pudo salvarse, porque el cura era ducho en los oficios de restañar y consiguió cesarle la hemorragia. Total, que, tras dos semanas de cama, se reunió el concejo para tomarle declaración y levantar acta, y el hombre dio pelos y señales de quién era el agresor, con lo que fueron a prenderlo y lo encontraron en su casa amancebado y allí mismo lo finaron el alguacil y los dos fusileros traídos de Barbastro para la ocasión. Tan en cueros los pillaron que no tuvo tiempo de decir avemaría purísima. Y ¿sabe el alcalde lo mejor de la historia? —Don Guzmán denegó con la cabeza—. Que a los dos o tres días encontraron otro mozo degollado y amortajado en sangre, igual, igual que los anteriores. Y cuando se dieron cuenta de su yerro y fueron a prender al que había declarado contra el ajusticiado, ya fue tarde y no lo encontraron. Se echó al monte, dice el cuento, y todavía anda por ahí aireando pasapanes —don Custodio se echó a reír como un poseso, mientras el alcalde escudriñaba las tinieblas con los ojos salidos de sus cuencas.

El relojero golpeó la pipa contra una piedra y se levantó doliéndose de las rodillas.

—Me retiro, con el permiso del alcalde, que si no mañana no habrá quien me tenga tieso en la albarda.

Don Guzmán se apresuró a acompañarle. Apagaron la fogata y anduvieron hasta la paridera, en donde se tendieron sobre unos costales de simiente, tapándose como pudieron con las pellizas y la manta.

A la mañana siguiente reanudaron el camino y silbaron mientras arreaban las mulas que se iban dando de cocecillas por el camino pedregoso que llevaba a Barbastro. Al medio día estaban ya en Barbastro y, a la caída del sol, a menos de dos jornadas de Aínsa, a partir de lo cual, transcurridas esas dos jornadas sin que nada de particular sea digno de mención entre ambos, llegaban a la capital del Sobrarbe y se alojaban en la casa del cura, gran amigo de don Guzmán al parecer, y no menos de la bota de Isabelino, según pudo comprobar con resignación creciente el relojero. Tras una buena misa que se vieron obligados a rezar y una comunión que don Custodio

tragó como si se tratase del mismísimo bálsamo de Fierabrás, el cura hizo preces especiales por la labor que llevaba al relojero a Torrelisa, rogando a Nuestro Señor santísimo que aguzase sus manos y avivase su ingenio, todo ello más que nada por tranquilizar al alcalde y ver si sus preocupaciones se disipaban, dejando paso —aunque fuera— a la resignada fatalidad que los continuos desmanes e imposturas del relojero iban dejando en el ánimo del regidor de la villa de Torrelisa. Anduvieron todos a la salida de la iglesia y el cura empenóse en hacerles subir al torreón de la parroquia, desde donde dijo que se apreciaban las mejores vistas de todo el valle. Resopló don Custodio por las escaleras angostas seguido del alcalde y precedidos ambos por el cura, que abría la marcha y, al llegar arriba, pudo comprobar una vez más el relojero que sus piernas ya no eran lo que fuesen, pues notaba cómo el fuelle se le atascaba y los tobillos le temblequeaban del esfuerzo. Se volvió a maldecir por haber tenido arrestos para separarse de su taller de relojería en el fresco sótano de la calle de la Asunción. Se afianzó de manos en una de las campanas y miró por entre las troneras de la torre hacia los campos cultivados y ya a punto de estallar en grano, notando cómo le invadía de nuevo la difusa morriña por los tiempos de antes. Escupió a lo bajo y agarró luego el badajo de la campana, propinando en el bronce un par de sonoros tañidos que hicieron acercarse al cura y al alcalde para apoyar las palmas en el metal y acallar la vibración. La desconfianza del alcalde empezaba a contagiarse ya al propio clérigo, y éste se justificó diciendo que ya era tarde y que el sol se estaba poniendo por lo que no era bueno sonar las campanas a deshora, que cuando las sonase a su debido tiempo no le habían de hacer caso los parroquianos. Blasfemó don Custodio y enfiló la escalera sin mirar a ambos, por lo que el cura y el alcalde lo siguieron sin rechistar, pensando si se habría malhumorado por la reprensión de su acción. Anduvieron hasta la casa del cura, que estaba adosada a la parroquia, en un edificio abovedado al que se accedía por una puerta mohosa, y don Custodio arrugó la nariz cuando aspiró el olor a santidad y a cera de velas que se enseñoreaba en la casa del preste. Siempre le había echado para atrás el ambiente de iglesia y le acongojaba especialmente la limpieza eunuca y enmadrada de las casas de cura, en las que, por más que los propietarios tratasen de disimular la virilidad fustigada y marchita, amén del roce restallante de los hábitos,

él siempre acababa por adivinar restos de polvo de ojo de parroquiano sobre la cómoda de cajones que guardaba las casullas, en los crucifijos que miraban sin ser observados, con sus ojos de porcelana atormentados, en la manzana que el Niño sostenía con la mano descascarillada y de tres dedos, en el regazo de una virgen montañesa, en los restos de ramo de olivo abandonado lejos del diminuto fragor del candelabro y, en este especial caso, en un saco de huesos de antiguos condes, desenterrados de debajo de las lajas de la capilla, que —según explicó el párroco— le estaban dando gran quebradero, pues estaba en duda de si inhumarlos a repique después de la misa mayor o echarlos a la fosa común un domingo temprano al amparo de la modorra pueblerina. Don Custodio se acercó al saco de huesos y extrajo una calavera sin dientes a la que hizo voltear en el aire ante la mirada consternada del párroco, que se apresuró a preparar la mesa y a sacar algunas cosas de comer, un jamón rancio y sucio de sal, unos pepinillos y una sopa de ajos que pareció extraer de una pieza escondida de la que salía olor a moho y a caldo de consagrar que se avinagra.

Era el párroco bastante alto y enjuto, de sienes tirando a plata, y frisaba los cincuenta años o más, pese a que su aspecto no le cantaba más de cuarenta. Una tripa voluminosa ahusaba su magra silueta. La nariz era gancha y los ojos saltones merodeaban por la cara de piel blanquecina, dejando a los pómulos salirse de sus mejillas, que mosén Cayetano rascaba de vez en cuando, enrojeciendo unas venillas gruesas que serpenteaban por ellas y que denotaban algunas consagraciones privadas, y no de iglesia, por cierto. Mosén Cayetano bendijo la mesa y el alcalde habló después, dirigiéndose a don Custodio:

—Mosén Cayetano es el párroco que atiende nuestra villa desde que falleció el anterior cura —el sacerdote hizo un gesto de asentimiento mientras trasegaba de la bota de Isabelino bajo la mirada pesarosa del relojero.

—¿Y hace mucho que murió ese anterior cura? —preguntó el relojero sin apartar la vista de la bota que se achicaba por momentos.

—Hará unas tres semanas ¿No es eso, don Cayetano?

—El clérigo asintió.

—Tres semanas y un día. Que Dios lo tenga en su gloria.

El alcalde añadió con gesto compungido:

—Treinta años cumplidos tenía el hombre.

—Joven era. ¿Qué se lo llevó? —preguntó el relojero.

El alcalde se removió inquieto. Don Custodio se dio cuenta de que iba a mentir.

—Un mal paso. Se cayó de lo alto de la torre y se esnucó.

—Yo mismo lo encontré a la mañana siguiente —intervino mosén Cayetano—. Pero qué raro fue aquello. Si lo intenta adrede no lo consigue.

—¿Pues?

Guardaron ambos un silencio incómodo que no hizo sino acrecentar la curiosidad del relojero.

—Yo oí esa noche el reloj, que no dejaba de soltar campanadas —habló por fin el alcalde—. Estuve un buen rato insomne, pero al final se calló y pude tomar el sueño. A la mañana siguiente fue cuando apareció muerto al pie de la torre, tal como lo encontró el mosén.

—Se subiría a la esfera y se caería —sugirió el relojero.

—No —denegó el mosén—. La esfera estaba tal cual y, además, no hay canalera ni gargoletas para llegar a ella por fuera de la torre. Hay que desarmarla para acceder a las saetas. Y las heridas que tenía por el cuerpo no las hace una caída sólo.

—¿Qué heridas eran ésas, pues? —inquirió el relojero.

El alcalde se desentendió alzándose de hombros y se levantó de la silla al tiempo que murmuraba:

—Heridas raras, como de dientes o algo así, en el cuello y en los brazos.

Don Custodio se estremeció ligeramente. Se hurgó los dientes con una hoja de laurel y miró con desconfiada fijeza a los dos hombres. No sabía si seguir sonsacándoles o mandarlos a hacer puñetas. Se contuvo y se levantó con un desperece, echando el cuerpo para atrás.

—Saldremos mañana —afirmó hacia el alcalde.

—Vendrá mosén Cayetano con nosotros. Saldremos después de la misa de siete.

Gruñó el relojero pensando cómo evitar otra hostia avinagrada. Resolvió hacerse el dormedizo por la mañana y no acudir a la iglesia sino cuando hubiera pasado la misa de siete y hubieran salido los fieles. Se tumbó en la yacija que el cura había preparado para él en una esquina de la vieja leñera, por entre cuyos troncos se oía el gruñir de las ratas enormes, y volvió a maldecir mientras se tapaba con el pellejo pues, aunque el día había sido muy caluroso, notaba los pies fríos y le temblaba algo el vello de los muslos. Después de muchas vueltas en la yacija de borrego, consiguió encontrar la posición en la que sus huesos se adaptaron a la lana hirsuta y a los troncos que yacían esparcidos por los alrededores del lecho. Notó cómo entraba en calor y se iba adormeciendo poco a poco. Se rascó la nariz y dio un par de tirones a las pequeñas cerdas que le sobresalían. Introdujo la mano huesuda por entre las piernas y la dejó allí aprisionada mientras escuchaba el silencio nocturno y el canto de algunas cigarras a través de los emplomados de la ventana. Cuando estaba a punto de dormirse, oyó cómo el cura y el alcalde cuchicheaban en voz muy tenue pero aguda. Sacó la mano de entre las piernas y se la llevó a la oreja, ahuecándola para escuchar mejor, pero no lograba entender nada de lo que hablaban, por lo que decidió volver a amodorrarse de nuevo y tratar de acortar mediante el sueño su estancia en aquella sacristía habitada. Sin embargo, las conversaciones eran cada vez más rápidas y parecióle que andaban discutiendo sobre algo o que se peleaban. Decidió levantarse y asomó la oreja a ver si se enteraba de algo. Sin llegar a reconocérselo a sí mismo, comprendió que la historia del cura muerto en el pueblo le había excitado en algo y pensó que aquel misterio con el que el alcalde y el cura habían expuesto el fin del anterior párroco no era sino una pequeña represalia por el cuento del degollador que tanto hiciera palidecer las mejillas del alcalde. Se deshizo del pellejo y fue a gatas hasta la puerta, que entornó con cuidado. Al arrastrarse por el corredor hasta la cámara, en la que los cuchicheos se habían hecho más fuertes, se reía entre dientes de su situación y de su facha, a sus casi sesenta años tirado por el suelo, espiando como un ladrón de gallinas. ¿Qué dirían si le atrapasen de esa guisa? Se

deshizo de sus escrúpulos y siguió adelante hasta arrodillarse en un lateral de la cómoda de roble, oculto de las miradas de los dos hombres.

—¿Cómo se lo haremos saber a don Custodio? —decía el mosén con voz algo nerviosa.

—No hay nada que hacerle saber —respondióle el alcalde en tono melifluido y reposado—. Si se repite el caso no será menester hacerle saber nada.

—Pero ¡no se le puede dejar ignorar lo que está pasado! —la voz de mosén Cayetano tenía un ligero toque de alarma.

—Si se le avisa del caso, lo más seguro es que se vuelva por donde ha venido. Y es más que probable que avise al alguacil o al escribano y, en este caso, nos quedaríamos sin reloj para siempre. Hizo una ligera pausa y añadió luego en tono divertido— Y sin relojero, por supuesto. Y, además, se me hace que el mundo no ha de perder gran cosa en el alma de ese ladino de don Custodio.

—De eso no cabe duda —replicó el mosén—, pero no somos nadie para decidir si don Custodio merece seguir viviendo o no. Y vos dijisteis que se trata del mejor relojero de Aragón.

—Mi opinión es no decirle nada —el tono era firme.

Hubo una pausa.

—Así se hará. Pero dejo caer sobre vuestros hombros la responsabilidad de lo que pudiera suceder. Nos enfrentamos al mismo demonio y no seré yo quien se interponga entre sus cuernos y su víctima.

—Exageráis, mosén —replicó el alcalde—. No os dejéis llevar por el pánico. Todo este asunto tiene que tener una explicación mundana y banal.

—Dios quiera que sea así. Y en el caso de que éste también fracase, ¿qué haréis con él?

—Lo pondré con los otros —en su voz había una decisión y una frialdad que asustó a don Custodio.

—Pero ¡me prometisteis que le dejaríais volver!

—Sabéis muy bien, mosén, que esto no puede ser. Si

este hombre volviera contando lo que pudiera ver allí, bien podréis imaginar lo que nos espera.

Siguió un breve silencio que acabó por romper el cura;

—Algo me dice que nos acecha la tragedia.

—La tragedia, querido párroco, la llevamos en las entrañas desde que nacemos. Y bien sabe Dios que es esa máquina la que nos obliga a esto.

Don Custodio oyó un crujido de silla desarguellada y se apresuró a gatear hasta la leñera, en donde se tapó mientras daba vueltas a las palabras que acababa de escuchar de aquellos dos hombres. Algo andaban tramando aquel par de hideputas, eso estaba claro. Pero ¿el qué? Pensó en el cura muerto al pie del reloj que iba a destripar y le entró una molesta desazón. Trató de pensar en ello, pero la imagen volvía una y otra vez a su mente, con una fuerza cada vez mayor, por lo que decidió dormirse y vaciar su imaginación de cualquier idea que se le pudiera ocurrir. Notó que se adormecía y los ojos se le cerraban. Escuchó a las ratas que corrían por la habitación y arrebulló los pies en el pellejo para que no le anduvieran por ellos una vez dormido. El reloj de Aínsa soltó las diez campanadas y la imagen del cura defenestrado volvió a campar por su mente. Se acordó de las palabras del alcalde. Lo pondré con los otros. ¿Se refería a él? Se negaba a creerlo. Le acechaba un grave peligro: tendría que estar ojo avizor durante su estancia en aquel pueblo. Maldijo en voz alta un par de veces y tornó a apoyar la cabeza en el hatillo de tela. Se durmió por fin.

La voz del cura le sacó del sueño. Don Custodio se excusó diciendo que estaba algo cansado y que dormiría aún hasta después de la misa, a lo que el párroco le replicó que la Santísima Comunión le borraría el cansancio y le dejaría fresco y rejuvenecido para la jornada que se avecinaba y que se presentaba dura y larga. Volvió a farfullar don Custodio que había pecado de pensamiento la noche anterior, por lo que no podría tomarla y, en tal caso, ya no quería participar en la Sagrada Eucaristía. El cura, no dándose por contento, argumentó que todavía quedaba tiempo para escucharle en confesión si se levantaba al momento, y el relojero, harto ya de tanta plática entre dos sueños, rezongó en tono agrio que no tenía por costumbre el tomar penitencias en ayunas, por lo que el cura —ante el mal talante de este último

argumento— decidió poner tierra por medio y salió, golpeando el marco de la puerta con fuerza inusitada. Don Custodio retomó el sueño y el alcalde le sacó de él pasadas las ocho. Salieron y emprendieron, tras un parco desayuno de pepinos y gachas recalentadas, el camino hacia Torrelisa.

Don Custodio iba cada vez más amoscado, pues no bien trataba de aparejar su mula con la del alcalde o la del cura, a fin de sacar algún conocimiento más que añadir a su reliado panorama del pueblo y el reloj misterioso, cuando éstos, ora apretaban el paso, ora lo agostaban a fin de no andar a su vera, por lo que el relojero no tuvo más remedio que seguir solo por el camino pedregoso y sembrado de tábanos que se ensañaban con las caballerías, haciendo brotar de sus tripas un reguero de sangre a goterones espesos y negros, mientras los jinetes trataban inútilmente de espantarlos con los cabos de los ronzales deshilachados. El camino subía incesantemente hacia la montaña y eran pocos los labriegos que se dejaban ver por entre el agobio de la calima. Al medio día divisaban la Peña Montañesa, bajo la cual afirmó el alcalde encontrarse la villa que regentaba. Pararon en una repeña de la que fluía un manantial de aguas cristalinas, aunque surcadas por abundantes tijeretas, y allí descansaron en silencio hasta que el calor aflojó un tanto. Entonces reanudaron la marcha a paso más rápido hasta que, tras un par de horas de viaje, divisaban la torre de la iglesia, que se erguía por entre algunos chopos que escoltaban un riachuelo seco y jalonado de piedras brillantes y pulidas. El rostro de don Custodio se cubrió de extrañeza al ver el pueblo, pues en verdad esperaba encontrar algo más grande que aquella pequeña aldea que se extendía ante sus ojos, parcialmente oculta por el apelotonamiento de las casas. Se fijó en el gran campanario que se erguía desproporcionado por entre los tejados de los casales y miró el enorme reloj cuya esfera ocupaba gran parte del último segmento de la torre.

Avanzaron por un camino bordeado por un murete de piedra tallada y se encontraron en el centro de una minúscula plaza. El pueblo no tendría más allá de veinte casas, calculó el relojero. ¿Cómo se iban a agrupar allí doscientas almas? El alcalde le había engañado. Se sintió más inquieto y miró a don Guzmán, el cual evitó sus ojos. Se detuvieron por fin en una pequeña casa que se erguía enfrente de la iglesia y desmontaron. No se veía ni un alma, a pesar de que eran algo

más de las siete de la tarde. Don Guzmán abrió la puerta de la casa y dejó pasar las caballerías hacia una cuadra que se abría debajo mismo de la escalera que parecía subir hacia la parte superior de la casa. Cuando las bestias estuvieron desalforjadas y se les hubo echado algo de forraje para que triscaran, don Guzmán los hizo subir a las habitaciones. Pasaron a una gran sala cuadrangular, en el centro de la cual una gran mesa de roble agrupaba más de diez sillas a su alrededor. Dos balcones daban paso a una gran terraza, desde la que se divisaban las peñas entreveradas por el fuego que subía de los campos y la reverberación del sol radiante, que hacía entrecerrar los ojos, pese a que estaba ya bajo en el horizonte y no tardaría más de dos horas en desaparecer. El resto de la estancia se hallaba semivacía, pues el armario de enormes dimensiones no llegaba siquiera a ocupar una pared de ella —la opuesta al balconal corrido— y una chimenea llena de escombros aligeraba la enorme superficie de la pared del fondo. Toda la estancia se hallaba polvorienta y del techo colgaban grandes telas de araña que unían el coronamiento del armario a la lámpara que pendía sobre la mesa, y la parte superior de la campana de la chimenea a las vigas crudas de madera que ponían simetría en el techo combado por la presión de las tejas y la nieve de los inviernos. A un lado de la estancia —el opuesto a la chimenea— se abría una pequeña cocina, con el hogar recubierto de planchas de hierro corroído y la campana ennegrecida por los humos. En un banco corrido de pino abillantado por el roce y el uso reposaba un bulto negro con forma humana, que no se movió ni un ápice pese a la llegada de los tres hombres y el repicar de las herraduras sobre el adoquinado de la plaza. Era una vieja ataviada de negro y parecía dormir profundamente, mientras unas gotas de sudor le resbalaban por las sienes arrugadas. Don Custodio miró hacia la ventana y advirtió un enjambre de moscas que revoloteaban y zumbaban por los vidrios. El alcalde entró en la cocina, después de haber buscado al relojero por el resto de la casa, y le agarró suavemente por un brazo al tiempo que musitaba: “Duerme. Está muy cansada.” “¿Vuestra madre?” “La mujer”. Don Custodio enarcó las cejas y siguió al alcalde sin rechistar, sorprendido por la diferencia de edad entre marido y mujer. Entró, precedido de su anfitrión, a un pequeño cuarto cuya ventana daba a una pieza, y supo que aquella habría de ser su alcoba.

Tenía una cama de hierro sobre la que colgaba un Cristo crucificado sin cruz, un armario de madera picado de insectos, y un reclinatorio delante de una imagen de San Antonio, frente a cuya madera no menos carcomida ardían dos lamparillas de aceite que nadaban en el interior de un vidrio basto y verdoso. En cuanto don Guzmán le hubo aconsejado que descansara un poco antes de la cena y desapareció por la puerta, el relojero se apresuró a saltar del lecho y a soplar las lamparillas, oscureciendo el rincón santero que le había revuelto los humores. Volvió a la cama ya más tranquilo y tornó a levantarse al rato para asomarse a la ventana. Seguía sin verse un alma. Cerró el batiente y se detuvo de nuevo en medio de la habitación. En la casa, como en el resto del pueblo, reinaba un silencio sobrecogedor. Se acordó del cura y cayó en la cuenta de que se había esfumado nada más llegar al pueblo, como una rata que se mete en su escondrijo sin dejar rastro. Chascó la lengua y notó cómo volvía a exasperarse. ¿Tanta prisa por llegar y para esto? Salió del cuarto decidido a ir a por el alcalde para rogarle que le llevara a ver el reloj cuanto antes, por ver si esa misma noche podía hacerse una componenda del trabajo que le esperaba. Cuanto antes lo arreglara, antes podría dejar aquella casa que le oprimía el pecho y volver a Huesca. Sintió que había sido víctima de los recuerdos y esa sensación le produjo una gran desazón.

Al llegar al comedor no vio a nadie. Se asomó a la cocina y dejó ver el extremo de su barba polvorienta por el quicio de la puerta. La vieja seguía allí igual que antes, con la sola diferencia de que algunas moscas ya le andaban por las sienas perladas. Se metió en el pasillo y fue abriendo puertas hasta que dio con el cura, que dormía en una cama con dosel. Estaba tumbado con las manos cruzadas sobre el nacimiento de la barriga que abombaba su estrecha figura. Roncaba pesadamente y sus manos entrelazadas subían y bajaban impelidas por el fuelle sonoro de sus pulmones. Cerró la puerta tratando de hacer el mayor ruido posible y continuó la búsqueda de su anfitrión. Lo encontró tras más de tres puertas, que dejaron ver en su bostezo habitaciones vacías y polvorientas, con ventanas cegadas por gruesos tablones de madera de pino, claveteados sobre los marcos hinchados. Reposaba de igual manera que mosén Cayetano, boca arriba y con las manos ensortijadas sobre la tripa. A la vera del lecho,

sus botas polvorientas estaban extrañamente rígidas. Se acercó el alcalde y le propinó un par de empujones, que le hicieron abrir los ojos muy lentamente, como si simulase que estaba durmiendo. “¿Qué queréis?” musitó con voz pastosa por la digestión todavía no acabada. “Deseo ir ahora mismo a ver el reloj para ir preparando las herramientas”, replicó don Custodio, molesto por la aparente indiferencia de su anfitrión. “Ahora no.” “¿Cómo que no?”. “Es la hora de la siesta.” Volvió a cerrar los ojos con extraña lentitud y se sumió en su anterior sopor. Don Custodio se enfureció y volvió a zarandearlo con fuerza, pero fue en vano, pues el alcalde no parecía sino en el mejor y más profundo de los sueños. Don Custodio propinó una patada a las botas polvorientas del alcalde y salió, dando un portazo no menos amable que el que cerrase su examen del cura yacente. Decidió bajar solo a la iglesia y comenzar la inspección por su cuenta. Tomó la bolsa de cuero, en la que traía el torno de mano y el cronómetro de mesa, y bajó las escaleras, saliendo a la plaza adoquinada y encaminándose a la iglesia.

La parroquia parecía haber sido construida mucho antes que las casas que se apelotonaban a su alrededor y daba la impresión de haber sido levantada con desmedido entusiasmo, pues en superficie y volumen era mayor que todos los hogares de Torrelisa juntos. Parecía antigua realmente y, sobre el pórtico de piedra que daba paso a ella, había esculturas y representaciones en piedra labradas, de gran calidad y extraña factura, no asemejándose en su conjunto en nada a la abigarrada variedad de las iglesias que don Custodio había conocido en su juventud. A la izquierda de la nave central se alzaba la torre, cuadrada y de gran porte, que tenía en el piso mediano unos ventanales corridos y dotados de capiteles de la misma talla que los que coronaban el pórtico. Don Custodio hizo sombra con la mano y pudo distinguir en lo alto del techo interior de aquella estancia el brillo del bronce de las campanas de sonería, por encima de los arquillos de piedra y el revoloteo de las palomas, que dejaban escapar de cuando en cuando algunos excrementos que churreteaban por los muros de la torre como cera que se desliza por los costados de un cirio. Vio entonces el reloj. Su esfera ocupaba gran parte del segmento superior de la torre. A ambos lados de ella se abría una compuerta por la que debía asomarse alguna suerte de ingenio mecánico para hacer sonar

las campanillas que precedían a los cuartos, las medias y las completas, y cuya función era poner sobre aviso a los parroquianos para que prestasen atención a los toques graves que las seguían. En la parte inferior de la esfera, don Custodio pudo apreciar otra compuerta más pequeña, sin que lograra averiguar su función. En el tercer cuerpo de la torre, es decir, el penúltimo de todos ellos, estaban instaladas las campanas manuales y automáticas, que se divisaban por entre las troneras anchas que daban la vuelta a aquella planta en todo su perímetro. En el segundo cuerpo había un enorme reloj de sol. Representaba un rostro radiante con las guedejas flamantes de Helios, cada una de las cuales acababa en unos números romanos sobre los que el nomon iba lamiendo las horas con su lengua de sombra. Pero en este caso era imposible, ya que el astil estaba roto muy cerca de su nacimiento y la sombra que proyectaba su muñón no era lo bastante larga como para hilar su recta imaginaria con los números de las horas. Recordó que el alcalde había hecho mención de aquel punto y avanzó hacia la iglesia, empujando la puerta ennegrecida.

Era grande y amplia, y don Custodio se sintió a gusto al avanzar por entre las columnas, pues la temperatura era agradablemente fresca. Se animó ante la idea de trabajar allí. Las naves laterales estaban cubiertas y eran más bajas que la central. Entre la tercera y cuarta columnas de la derecha, divisó la puerta que subía hacia la torre adosada a la muralla de la iglesia. La puerta estaba clausurada por un pasador de hierro que representaba un cuerpo de lagarto con las patas de fundición hincándose ensortijadas sobre la madera de la puerta. Don Custodio desdeñó el examen minucioso de la iglesia —tal era su ansiedad por llegar al reloj— y levantó el pasador de hierro, descorriéndolo hasta que pudo empujar la puerta, que se atrancó en mitad de su recorrido, como si algo opusiera resistencia detrás de ella. El espacio era, sin embargo, lo bastante amplio como para permitir el paso del relojero, por lo que éste ahuecó las tripas y ladeó la cabeza dando un respingo al atravesar el umbral. Pensó con sorna que el cura no habría de pasar por aquella puerta y se alegró, pues no le seducía en demasía la idea de andar con las ruedas y las pesas bajo la mirada recriminadora y penitente del párroco. Se encontró frente a una estrecha escalera encajonada en un pasadizo de piedra que parecía subir hacia

lo alto de la torre e inició la ascensión por el hueco estrecho. Al llegar a la primera planta, entró en una estancia cuadrangular en cuyo suelo había algunas maromas gruesas esparcidas, amén de una talla en madera que parecía representar a San Antonio, con la pintura casi intacta, pero sin ojos, como si la mirada fuera lo último que el artesano — deseoso de trabajar sin ser visto — hubiera decidido poner a su obra, a manera de luminosa coronación. Por un hueco practicado en el techo — a lo largo de toda la altura de la torre — colgaban dos enormes pesas de plomo y hierro, que llevaban grabados en sus laterales una fecha y un *Laus Deo*. Don Custodio se izó de puntillas para leer los números, pero sus esfuerzos fueron vanos, pues estaban demasiados altas. Una de las maromas, la que sostenía la pesa más fina, la de la maquinaria, tenía en toda su longitud pequeñas salpicaduras de sangre, de color sepia oscuro y ocre ennegrecido, y sobre la misma pesa parecían haber caído algunas gotas más, aunque esto no se podía apreciar bien por el color oscuro del metal. La figura del párroco muerto unos días atrás volvió a su imaginación, y tuvo que deshacerse de ella al tiempo que retomaba la escalera para continuar la ascensión hacia el cuerpo del reloj. Se asomó, en el primer tramo de escalera, para mirar a la plaza y observó con pasmo cómo el pueblo seguía desierto, pese a que el sol estaba ya muy bajo en el horizonte y no restaría más allá de una hora de luz. Se volvió a hacer cruces pensando cómo en un pueblo de labriegos no se podía ver uno solo de ellos por los campos que ceñían las casas, pese a estar en plena época de siega. Dos palomas habían anidado en un rincón de la escalera lóbrega. Las apartó de una patada y siguió adelante. Al entrar en el segundo cuerpo de la torre, pudo ver el conjunto de la sonería y quedó impresionado por la variedad de tonos que dedujo de las más de diez campanas que contó por la estancia. Se acercó a una y la golpeó con los nudillos mientras leía la inscripción que figuraba en el bronce: “*Ad laborem et sopnium voco*”. En la contigua, sin embargo, pudo leer: “*Ad mortem saluto*.” La más cercana al muro, por contra, rezaba algo que don Custodio no había podido leer en toda su vida de relojero: “*Retro clamo*.” En la melena de la mayor de las campanas observó los mismos restos de sangre que en la cuerda que se perdía por el pozo hacia el piso inferior. Tocó las manchas y comprobó que estaban duras y secas. Al mirar hacia arriba por el estrecho hueco por el que descendían las

pesas, llegó a sus oídos el ruido intermitente del escape. Subió el último tramo de escalera y se encaró al reloj en marcha. Era la maquinaria más complicada que don Custodio hubiera podido ver nunca. Se dio cuenta entonces, al observar el entramado de hierro y los cuatro ejes dobles que salían del centro del mamposte, de que el reloj tenía cuatro esferas, cada una de ellas dando a un costado de la torre, lo que desde la plaza no había acertado a distinguir. El tren de marcha y sonería ocupaba todo el centro de la estancia, que era la última de la torre, porque, al alzar los ojos al techo, el relojero pudo ver el entramado de madera que sostenía el tejado y las bolsas negras de las arañas que ocupaban los espacios entre las vigas. Las esferas eran traslúcidas, de un vidrio opaco parecido al alabastro, y don Custodio comprobó con satisfacción que las saetas eran dobles o geminadas, por lo que se podían adelantar o atrasar desde dentro, después de haber levantado el escape y sin necesidad de desmontar la esfera, al contrario de lo que había afirmado el alcalde. Se metió con cuidado por entre la máquina y observó la catalina y las ruedas de dientes. El pasador estaba en su sitio y el escape funcionaba regularmente. Esperó varios minutos —después de haber sacado el cronómetro de su funda de cuero gastada— y verificó que la marcha era correcta. Al introducirse por completo en el armazón, con una pierna a cada lado de la cigüeña principal de la esfera de la fachada, alargó la nariz y miró de cerca los dientes de la catalina. Entre el eje de ésta y el piñón de la arboladura había varios cabellos pegados a una mancha reseca de sangre. Se empezó a sentir algo inquieto. El sol estaba a punto de hundirse en el horizonte, en medio de un resplandor ígneo, y casi no se veía nada ya. Volvió a fijar la vista en la mancha de sangre y el matojo de cabellos y miró hacia abajo, tratando de seguir la caída imaginaria de la sangre desde allí. Vio cómo las cuerdas se perdían hacia abajo y una ligera vibración producida por la corriente que se filtraba a través de las escaleras hacía oscilar las pesas levemente de derecha a izquierda. La sangre había caído desde allí, eso estaba claro. Don Custodio se tiró de algunos pelos de la nariz y quedó absorto, con los ojos fijos en el fondo del pozo de las pesas, mientras oía el paso monótono del reloj. En ese mismo momento, se oyó un rechinar de muelles y todo el mecanismo, como una fiera que se despierta de su letargo invernal, se puso en movimiento. La rueda de la sonería dio un pequeño brinco y algunos ejes

chirriaron. Del cuerpo lateral del reloj saltó una espita y las compuertas laterales se abrieron a la derecha de la esfera. Una figurilla con cabeza de sol y patas de león salió al exterior, entre algunos rayos de sol agonizantes que inundaron tímidamente el recinto. Las manos de la figurilla se contrajeron lentamente y como impelidas por una fuerza dolorosa y ajena a ellas. Don Custodio vio cómo bajaban aferradas a la cadena, empujando unas campanas agudas que anunciaban el toque de la hora completa. Cuando el desordenado y juguetón repique hubo cesado, la figurilla se retiró sobre su plataforma hacia las entrañas de la máquina y en el piso inferior se oyeron unas campanadas que brotaban solemnes y gruesas. Don Custodio las escuchó ensimismado y, cuando esperaba oír la sexta, sólo pudo escuchar en su lugar un repiqueteo de engranajes y algún que otro roce de los mecanismos que volvían a su anterior quietud. Miró el cronómetro, que había dejado sobre el eje, y vio que también señalaba las cinco de la tarde. Notó cómo el corazón le golpeaba el pecho pugnando por salir, y agitó el cronómetro con ambas manos, pero parecía funcionar correctamente. Salió por fin del interior de la maquinaria para atisbar por las ojivas: un campesino salía por una callejuela y arreaba un macho viejo cargado de aperos. Desaparecieron ambos por detrás de una casa y los volvió a ver al cabo de un rato, hasta que se hicieron diminutos. En una de las casas de la plaza se abrió una puerta y de ella salió una anciana que se sentó sobre una silla de enea que arrastraba tras de sí. El pueblo parecía despertar de la siesta, se dijo el relojero, mientras se tranquilizaba de su inquietud. Por la escalera se oyeron unos pasos y al instante apareció el alcalde, que se detuvo en el umbral con los brazos en jarras sobre los riñones.

—Pero, ¡Don Custodio! ¿Cómo no os habéis acostado? ¡La tarde se os va a hacer eterna! —no había sombra de mofa en sus palabras, por lo que el relojero se limitó a gruñir:

—No tengo sueño. Y no es mi costumbre irme a dormir porque me lo mande mi anfitrión, aunque esto sea señal de buena educación para muchos.

El alcalde se ofendió:

—De haber descabezado una buena siesta, no cabe duda de que andaríais de mejor humor —hizo una pausa—

¿Qué os parece el reloj?

—No tiene aspecto de andar mal. Sólo que lo lleváis cuatro horas adelantado. O veinte atrasado, que el diablo lo sepa. Para este menester, digo el de adelantarlo, no era preciso hacerme venir a este rincón del mundo.

—Creo que no lo habéis observado bien —su rostro volvió a teñirse de gravedad, bien sea por el tono del relojero, bien por lo que iba a decir a continuación—. Su desorden no es cosa que se pueda advertir en pocos minutos. Yo no soy ducho en máquinas de éstas, pero bien se me hace que el disturbio del tiempo necesita tiempo para verse.

Don Custodio nada contestó. Escupió por una esquina de la torre y preguntó:

—He podido ver las manchas de sangre que hay por las ruedas. Dígame el alcalde lo que le aconteció al parroquillo ese.

—Ya os hemos dicho todo lo que sabemos el mosén y yo. No hay más que contar, os lo juro por la Virgen Chablaba con voz sobresaltada.

—¿Y las heridas que tenía el cura? —don Custodio enganchó al alcalde y le hizo mirar hacia la catalina. Don Guzmán pareció darse por vencido.

—La verdad es que no queríamos inquietaros y no os dijimos nada en lo tocante al cura. Nada cierto, quiero decir. Lo encontramos ahí mismo con la garganta prendida entre las ruedas. Nos las vimos y deseamos para desengancharlo —esbozó una sonrisa tímida. —Quizás metió la cabeza donde no debía y algo se desajustó en la máquina, pillándole entre medias.

Don Custodio miró al alcalde burlonamente y le volvió a señalar la rueda catalina.

—Todo esto está muy bien, don Guzmán, pero para que esa rueda le hincara el diente al pasapán del cura, hubiera sido menester que el reloj anduviese hacia atrás, amén de que el pasador estuviese levantado. Pero yo no conozco relojes que anden de culo ni sé de escapes que se mantengan en alto una vez levantados, así que su explicación no me deja nada contento. Antes bien pienso que a ese curilla se lo ventiló alguien de carne y hueso, poniendo luego el cuerpo ahí para

despistaros.

El alcalde miró al relojero con ojos misteriosos.

—Yo no entiendo nada de escapes ni de relojes, pero puedo aseguraros —señaló a la máquina— que ésta anda hacia atrás. Y de qué manera. —Quedó silencioso mientras miraba con cierto espanto a la maquinaria de metal. Estaba ardiendo en deseos de irse, pero no se atrevía.

Don Custodio volvió a pensar que se estaba riendo de él. Estaba ya muy cansado por la jornada y la falta de siesta, pero a la vez muy confuso, pues no acertaba a entender el pequeño misterio de aquella villa hasta entonces jamás vista ni oída por él. Quedaron pues ambos mirando el reloj y escuchando su pendular monótono, y se produjo una situación embarazosa que fue rota por la llegada del mosén quien, al parecer —dedujo don Custodio con resignación— había conseguido pasar su prominente intestino por el quicio angosto de la puerta.

—¿Qué le parece al señor relojero nuestra máquina? ¿Hermosa, eh? —venía tan contento como el alcalde, si bien su expresión se mudó rápidamente al ver a la pareja silenciosa que observaba el reloj—¿Empezaréis la faena esta misma tarde?

El relojero dio un respingo:

—¿Esta misma tarde? ¡Si ya es hora de andar a la cama! —acertó a gruñir.

El alcalde y el mosén se miraron con sorpresa, como si estuvieran viendo a un azogado u oyendo el mayor de los disparates. Guardaron un breve silencio que fue roto por don Guzmán:

—En el pueblo tenemos por costumbre cenar a eso de las ocho y media o nueve y, como podréis ver, no son sino las cinco y cuarto. Pero si queréis aguardar a mañana para empezar la tarea, por nosotros no hay inconveniente. Ya sabéis que tenéis plena libertad en lo tocante a vuestro trabajo.

Don Custodio no salía de su asombro. Lanzó una blasfemia degollada y exclamó con indignación:

—Haremos una cosa más sensata. Voy a dejar el reloj en la hora exacta y nos iremos todos a la cama como buenos

cristianos, que ya me están cargando la cabeza tantas majaderías como las que aquí se oyen —avanzó hasta la maquinaria con paso decidido, pero cayó en la cuenta de que no tenía manera de adelantar el reloj, pues su propio cronómetro estaba inutilizado, como si se hubiera contagiado de la marcha del gran reloj que lo envolvía.

—Traedme un reloj cualquiera que funcione debidamente, pues el mío ha quedado inservible sin que sepa por qué. —Se volvió hacia los dos hombres al tiempo que decía esto y le pareció por un momento que ambos acababan de cruzar una sonrisa de complicidad. El alcalde negó con la cabeza.

—Ya os dije, don Custodio, que en el pueblo no hay más reloj que éste que estáis viendo.

—Creía haberos oído decir que todos los relojes que tenéis aquí están a buen recaudo.

Don Guzmán se volvió de espaldas al tiempo que decía:

—Así es.

—Y, ¿entonces?

—Esos relojes no sirven. Además, sería peligroso sacarlos ahora mismo.

El mosén intervino.

—No queráis saber más de lo que es necesario saber. Si este reloj dice que son las cinco y cuarto Cse acompañó de gestos enérgicos con la mano derechaC es que son las cinco y cuarto.

—Entonces ¿qué diablos estoy haciendo yo aquí? Si tan a gusto os encontráis con esta maula, yo me vuelvo a mi taller y aquí paz y después gloria. —Don Custodio estaba visiblemente enojado.

—No debéis sacar las cosas de quicio, don Custodio. Os he hecho venir para que arregléis el reloj éste sin forzar las cosas, o sea, dando tiempo al tiempo. ¿Acaso no recordáis lo que os dije en vuestro taller? No se puede adelantar ni atrasarlo de esa forma. Os repito que sería catastrófico para todos. El anterior párroco intentó hacerlo y ya sabéis lo que le aconteció. Es cierto que según el sol sería la hora de andar

a la cena y a la cama, pero no lo es menos que la cuestión no es tan sencilla —el mosén asentía gravemente a cada una de las palabras del alcalde. —Nos encontramos ante un grave dilema, y esto es, si guiarnos por el sol y su andadura o por el reloj y sus campanas, y no hemos tenido más remedio que hacer lo último. La cuestión por la que le hemos hecho venir aquí es la de hacer coincidir de nuevo ambos tiempos, pues así las cosas volverán de nuevo a su cauce y todos habremos ganado mucho, pues si las cosas continuán de tal guisa, os juro que no sé qué puede suceder. Haced que el reloj siga la marcha del sol sin rechistar y os pagaré lo acordado, pero tened en cuenta que no se puede tocar el reloj por las buenas y de cualquier manera, pues ya podréis comprobar por vos mismo si lo hacéis cuáles son los resultados.

Don Custodio hizo oídos sordos a esta plática y se sumergió en una nube de escepticismo. Decidió adelantarle en cuanto se hubieran ido los dos hombres y, para ello, alegó que seguiría trabajando hasta que el reloj diese las nueve campanadas. Don Guzmán y mosén Cayetano se retiraron y, con la desconfianza grabada en sus rostros, desaparecieron por el nicho de la escalera, envueltos en una aureola de alarmada advertencia.

El relojero se puso a la faena inmediatamente. Se adentró por detrás del mamposte y levantó el pasador de la catalina, con lo que el eje quedó suelto. La máquina crujió en su totalidad, como sacudida por una terrible agonía, y don Custodio se alarmó ligeramente, palideciendo de mejillas y temblándole los labios. Sin hacer caso de estas premoniciones de lo que iba a suceder, empero, se aproximó al eje central y aflojó la tuerca de marcha, con lo que el reloj quedó parado por fin. El escape dejó exhalar su último tic y las pesas, en el fondo del pozo, se balancearon por la retención de la fuerza que las dejaba descender hacia el suelo. Una inmediata y sorprendente calma invadió todo el recinto de la torre y el pueblo. Escuchó a través de la maquinaria detenida la completa falta de ruido y notó una gran angustia en lo más hondo de su pecho. Nunca había podido escuchar un silencio tan ensordecedor. Esperó más de cinco minutos y le pareció que éste iba en aumento, habiendo ya traspasado sus propios límites, pues notaba que su crepitar le llegaba a los oídos crecientemente, como el ruido de pergaminos que se arrugan. Salió con lentitud del mamposte y se asomó a una de las ojivas

que daban a la plaza. Todo parecía seguir igual que antes. El pueblo continuaba entre el día y la noche, y en los riscos de la Peña Montañesa todavía se reflejaban algunos rayos de sol. Pero cuando su mirada descendió hacia la plaza, el relojero hubo de pegar un brinco. Sus ojos se posaron en la figura de la anciana que hacía labores a la puerta de la casa, sobre una silla de enea. Parecía desvanecida, pues estaba yerta y recaída a un lado de la silla. Uno de sus brazos colgaba inerte. El silencio, por otra parte, como la postura de la anciana, era anormal. Salió de la estancia y bajó los peldaños lóbregos de dos en dos, corriendo luego a la puerta de la iglesia y adentrándose por la plaza. Lentamente se acercó a la vieja, temiendo que sólo estuviera dormida y que fuera a reírse de su apuro. Se acercó hasta ella un poco más pero el bulto siguió inerte. Lo tocó por fin. Estaba terriblemente fría, pese al calor reinante. Debía de haber estirado la garra de repente, como hacen los viejos. Levantó la vista de lo alto del reloj y divisó las esferas que antes no había podido ver: las seis menos diez minutos. Y estaba haciéndose de noche. Don Custodio se acuclilló al lado del cadáver de la vieja y por un instante —tras más de cincuenta años de decisiones drásticas e intempestivas— no supo qué hacer. Sus ojos fueron a posarse sobre los adoquines de piedra de río que jalonaban la plaza y algo hizo arreciar su inquietud: todas las hormigas diminutas que sembraban incansables el trozo de pavimento que su vista alcanzaba a divisar estaban completamente inmóviles, sin que la más minúscula vibración agitase sus diminutas patas. Don Custodio notó cómo los sesos le temblaban. Nunca había visto a las hormigas quietas. Se levantó y depositó su pie enorme sobre algunas de ellas, pero ninguna se movió. Al retirar la abarca sucia, dejó un rastro de cuerpos diminutos desenrollados y vísceras de insecto rebozadas de polvo. Se levantó, apoyando las manos en las rodillas, y echó a andar en dirección a la casa del alcalde, para que saliera el cura a echar los óleos a la vieja desmadejada. Al entornar la puerta y adentrarse por el patio, comprobó que también allí reinaba el silencio más absoluto. Subió por la escalera e inspeccionó la casa en un abrir y cerrar de puertas hasta que desistió. No parecía haber nadie. ¿Dónde estaban el cura y el alcalde? ¿Y la mujer? Al volver a entrar en el comedor vio que la puerta de la balconada corrida estaba abierta y asomó la nariz por entre los batientes inmensos. El alcalde estaba sentado en una silla, totalmente petrificado

también, y sobre las rodillas tenía un libro de cabreve que debía de estar asentando. De la pluma en alto colgaba un goterón de tinta que parecía resistirse a caer sobre los papeles del regazo. La cabeza del alcalde estaba ligeramente vuelta hacia arriba y parecía mirar a la esfera de lo alto de la torre, como si hubiera una hilazón directa entre su desvanecimiento y la operación que el relojero acababa de efectuar en la maquinaria. Don Custodio alargó una de sus manazas y le tocó la frente. Estaba terriblemente frío. Sacudido por una súbita inspiración, salió de la terraza y se encaminó a la iglesia. La puerta de la sacristía estaba entornada. La abrió del todo: nadie. Pero el cura debía de andar por allí. Su mirada recayó en el único confesionario de la iglesia, cuyas cortinillas estaban echadas. Al retirarlas con la mano, después de haberse acercado con la prudencia que da lo desconocido, vio al mosén, todavía con la postura de estar confesando, con la oreja pegada a la rejilla de la celosía y la estola rodeándole el cuello rígido. El relojero miró al cajón de confesión: una joven aldeana estaba desvanecida de la misma manera que el mosén, y don Custodio sintió un aguijonazo de deseo cuando observó los tobillos mórbidos que habían quedado al descubierto del faldón. Era una muchacha muy bella y los labios parecían juntarse como para besar, pues debía de hallarse desgranando pecadillos cuando el reloj se detuvo. Dejó caer la cortina y se encaminó hacia la torre de nuevo, mientras le invadía el pánico.

Al llegar al inmenso reloj, la duda le hizo tomar asiento sobre uno de los ejes inmóviles. Era el momento de adelantarlo y dejarlo en su hora exacta antes de abandonar el pueblo. Sin embargo, ¿qué sucedería si lo hacía? Quizás todos los habitantes de aquel pueblo estaban ya muertos sin remedio. A lo mejor estaban tan sólo dormidos y despertarían al volver a ponerlo en marcha. Incluso él mismo podría desvanecerse si insistía en tocar la máquina. En tal caso, no habría nadie que pudiera ayudarle. Era ya casi de noche. El silencio seguía enseñoreándose sobre los tejados de Torreliisa. Encendió una bujía y la depositó sobre uno de los ejes, después de haber dejado caer sobre el metal unas gotas de cera para que se mantuviese tieso. Las luces y las sombras parpadeantes de la vela hacían más terrible la visión del reloj detenido y mudo. Se levantó por fin y se adentró en la maquinaria, con el propósito de adelantarlo hasta la hora

exacta, pero volvió a caer en la cuenta de que no sabía qué hora pudiera ser. Dedujo, tras una pequeña cavilación, que debían de rondar las nueve y media y decidió ponerlo a esa hora. Ya después se las arreglaría para ajustarlo mediante el reloj de sol o incluso bajando a Aínsa para poner en hora el cronómetro. Salió del mamposte y se acercó a la esfera principal. En cuclillas sobre el suelo, agarró la saeta horaria con ambas manos y tiró con fuerza hacia arriba. El eje que conectaba la saeta con el árbol de la máquina chirrió estruendosamente, pero el relojero no se amilanó por ello, antes bien siguió haciendo fuerza hasta que la punta de la saeta estuvo entre el nueve y el diez. La saeta minuterá, al tiempo que hacía esto, giró lentamente hasta colocarse sobre el seis. Repitió la operación con las otras tres esferas y, ya en la maquinaria, dejó caer el escape sobre los dientes de la catalina y liberó el áncora, con lo que el reloj volvió a ponerse en marcha. La rueda catalina dio un pequeño brinco, en el que saltaron varios dientes de un golpe, y comenzó a girar lentamente. Las pesas, hasta entonces inmovilizadas, dieron un tirón y las cuerdas se tensaron de nuevo por efecto del arrastre. Don Custodio salió de entre las ruedas y se quedó mirando el reloj a la mayor distancia que le permitía el estrecho recinto. Cuando se disponía a atisbar por las ojivas para cerciorarse de que la vieja seguía allí, el reloj exhaló algunos crujidos y se repitió la escena que ya había podido contemplar a las cinco de la tarde. El hombrecillo con cabeza de león y patas de sol salió, y fue tañendo campanadas desordenadas que se siguieron del toque de las horas. Presenció en silencio la misma escena doce veces, por las tres horas que el reloj había estado detenido. Cuando sonaron las nueve, sin embargo, el hombrecillo con patas de león no salió, sino que en su lugar lo hizo la mujer con cara de luna y garras de lobo. Todo volvió a quedar en silencio y don Custodio decidió con satisfacción que su tarea había concluido. Recordó a los habitantes que permanecían inertes y decidió que había que avisar a los alguaciles de Aínsa para que investigaran aquel asunto. Algo más calmado por estas reflexiones y con la ilusión de haber puesto orden en un asunto que andaba lejos de tenerlo, descendió a la iglesia de nuevo y salió a la plaza.

Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que la vieja de la silla de enea ya no estaba. Con cierto sentimiento

de desastre en lo más hondo de su pecho, se encaminó a casa del alcalde y entornó la puerta. Se oía un ruido de pucheros que eran removidos en la cocina. La mujer del alcalde parecía mucho más mayor todavía despierta. Se quedó inmóvil al verle, sosteniendo entre las manos una sopera de porcelana, y no tardó en gritar:

—¡Guzmán! ¡Guzmán! —su voz, en cambio, tenía una tersura juvenil.

—Buenas noches nos dé Dios —exclamó el relojero—. No me conocéis, pero soy el relojero. He venido a recomponer el carrillón de la iglesia.

—¿Otro relojero? ¡Qué Dios nos asista! —hizo su aparición el alcalde y quedóse mirando desconfiadamente a don Custodio. En su expresión había algo de pánico contenido, y a la vez teñido de cierta distancia.

—¿Qué se os ofrece? —fue su única respuesta.

—He estado mirando el reloj y parece que ...

—Pero vos, ¿quién sois? —cortó el alcalde fríamente. Parecía realmente otro hombre.

El relojero se adentró en el comedor y tomó asiento en una de las sillas de roble que rodeaban la mesa. La actitud extraña y distante del alcalde y su esposa estaban quebrantando su seguridad. Parpadeó nerviosamente y se tiró de los pelillos de la nariz.

—No me hagáis llamar al alguacil —amenazó don Guzmán—. ¿Cómo entráis de estas maneras en casa de quien no os ha invitado?

El relojero se levantó por fin y dio un paso hacia el alcalde, quien a su vez retrocedió otro, seguido de su mujer.

—¿Os burláis de mí, don Guzmán? Soy don Custodio, el relojero de Huesca.

El alcalde pegó un respingo y retrocedió otro paso.

—¿Cómo sabéis mi nombre? No os conozco de nada.

—Estuvisteis en Huesca hará unos cuatro días para contratar mis servicios como relojero. Por el diablo, ¿habéis perdido la memoria?

La mujer se volvió al marido y le increpó.

—¿Qué has hecho, Guzmán? ¿Otro relojero? ¿Quieres buscarnos la ruina a todos o qué?

El alcalde se defendió:

—Te digo que no conozco a este hombre ni lo he visto jamás. Debe de tratarse de algún orate escapado de Francia.

Don Custodio tuvo una súbita y oportuna inspiración y agarró al alcalde por el brazo para llevarlo hasta la pieza en donde había dejado las cosas. El alcalde estaba tan sorprendido que se dejó hacer.

—Si no me conocéis de nada ¿cómo explicáis que mis ropas o mi fardo estén en vuestra casa?

Don Guzmán palideció y pareció derrumbarse por fin. Sentado sobre la cama de don Custodio se tapó la cara con ambas manos e irrumpió en secos sollozos. La mujer, mientras tanto, miraba malhumorada desde el quicio de la puerta, indiferente a los sufrimientos de su marido. El alcalde se secó por fin las lágrimas y miró a don Custodio.

—¿Os dije cuánto os habría de pagar?

El relojero asintió molesto:

—Acordamos en cinco mil maravedíes, si la memoria no me engaña.

La mujer gritó:

—¡Cinco mil maravedíes! ¿Estás loco, Guzmán? —avanzó como para arrojarle la sopera a la cabeza, pero el relojero se interpuso.

—No tengo esa suma —aclaró el alcalde.

Don Custodio se alzó de hombros.

—Es lo que acordamos, y todo esto no me parece más que una añagaza para no pagarme lo que se me debe, ahora que el reloj está arreglado.

El alcalde se estremeció:

—¿Qué decís? ¿Ya está arreglado? ¿Qué habéis hecho, hombre de Dios?

—He ajustado la hora, simplemente. No había más que hacer.

—¿Lo habéis adelantado? —exclamaron al unísono

marido y mujer.

El relojero asintió, empezando a malhumorarse. La mujer se adelantó y se sentó al lado del marido. Sus manos nerviosas todavía aferraban las asas de la sopera de porcelana. El alcalde habló por fin:

—Creo recordaros ahora —se llevó la mano a la frente al tiempo que se levantaba—, pero hace mucho tiempo, mucho.

Don Custodio asintió, sin saber qué otra cosa podía hacer.

—Así es, mucho.

La anciana se levantó con un crujir de rótulas y desapareció sin decir palabra, camino de la cocina, en donde se la oyó trajinar. Don Guzmán acompañó al relojero hasta el comedor y allí tomaron asiento alrededor de la mesa grande. En ese momento hizo su aparición el mosén. Parecía venir de un humor de perros. Se quedó mirando al relojero, interrogador, y don Guzmán se apresuró a levantarse para presentarle a don Custodio.

—Es don Custodio, el mejor relojero de Huesca. Lo he hecho traer para que recomponga el reloj.

Mosén Cayetano nada dijo, limitándose a hacer una inclinación de cabeza al tiempo que examinaba al relojero con mirada atravesada. Era evidente que ambos seguirían reticentes el uno del otro por muchas veces que el reloj les hiciese olvidarse.

Cenaron en silencio y don Guzmán trató de alegrar el condumio con comentarios banales que no consiguieron arrancar ni una sola palabra de ninguno de los comensales. La mujer —observó don Custodio— parecía haber sido extremadamente bella en tiempos, si bien las arrugas y los años habían hecho mella en sus delicadas facciones, dejando en su mirada esquiva y malhumorada un poso de tristeza que doña Candelaria —pues tal era su gracia— cegaba a los ojos de cualquier interlocutor. Parecía disgustada y miraba una de vez en cuando a su marido con ojos de reproche por su monólogo interminable y desustanciado, que no acababa de encontrar eco en ninguno de los presentes. Al cabo de un rato, musitó, a la vez que daba una palmada en el hombro de

don Guzmán:

—¡Anda, come y calla!

Mosén Cayetano se levantó y el relojero se apresuró a hacer lo propio. Dándose las buenas noches, se encaminaron a sus respectivas alcobas y dejaron solos al alcalde y su esposa, pues no parecían ambos sino en un tris de entablar alguna acalorada disputa, sin que don Custodio pudiese adivinar por qué motivo.

Una vez en su alcoba, el relojero se introdujo en su lecho y cayó profundamente dormido hasta que unos gritos lo despertaron. Salió de la cama y se asomó a la ventana. Unas sombras se deslizaban raudas cerca de la puerta de la iglesia. Inmediatamente, se oyeron varias campanadas, que don Custodio contó distraídamente: las tres de la mañana. El silencio reinó de nuevo. Se metió en el lecho y se refrotó contra él intentando retomar el sueño. Pero en el comedor se oyeron pasos y el entrechocar de unos platos de loza. Algunas toses. Don Custodio se irguió en la cama. ¿Todavía no estaban acostados? Habían pasado más de cinco horas desde la cena. Se levantó y se puso el jubón por encima, mientras se llegaba al comedor. Don Guzmán seguía sentado en su silla, tal y como lo había dejado, y mordisqueaba nerviosamente algunas migas de pan. Por su parte, doña Candelaria retiraba la vajilla de la mesa.

—¿No podéis coger el sueño? —inquirió la mujer—. Os prepararé una infusión que os hará dormir.

El relojero negó con gesto:

—Tan sólo deseaba hacer una necesidad, pero no sé dónde.

La mujer le señaló la cuadra del piso de abajo, después de ofrecerle un orinal que el relojero rechazó, alegando que deseaba tomar algo de aire, pues estaba acalorado por la cena, demasiado copiosa para su costumbre. Bajó y salió a la plaza, deteniéndose al pie de la torre. La esfera central estaba iluminada por una bujía que ardía fantasmagóricamente tras el vidrio opaco. Las tres y cinco minutos. Era imposible. ¡No podían haber pasado más de cinco horas desde que entrara en el lecho! Sin embargo, se encontraba despejado y descansado como si hubiera dormido ocho horas. Entró en la iglesia y subió hasta el último piso de la torre. Encendió su bujía,

después de haberla arrancado del eje, y se metió entre las ruedas. Todo seguía igual, monótono y lento. Habría que atrasarlo de nuevo, decidió con resignación. Levantó el pasador y soltó el escape para detener la máquina. Justo en ese momento, cuando se disponía a retirar la mano de entre el eje y la rueda catalina, la máquina pareció cobrar vida y la cuerda de las pesas se desenrolló a lo largo del tambor. Varios ejes crujieron violentamente y don Custodio tuvo los reflejos necesarios como para retirar la mano antes de que el reloj la triturase entre los dientes de las ruedas. Al saltar fuera del reloj, tropezó con un eje y cayó de bruces al suelo, quedando sin sentido a causa del golpe. Antes de sumirse en la inconsciencia, le pareció oír, entre la bruma del golpe y el tic tac de la máquina, que desde el piso inferior sonaban dos graves campanadas. Don Custodio creyó adivinar su repique. Era la campana sobre la que estaba grabada la inscripción *Retro clamo*.

Al volver en sí era ya de día, o, mejor dicho, casi de noche, pues el sol estaba bajo el horizonte, aunque no supo precisar cuánto. Se palpó la cabeza y notó que tenía una costra reseca de sangre en la frente. Maldijo y miró la hora a través de la esfera traslúcida. Las siete de la tarde. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo así? ¿No habían echado en falta su ausencia el mosén y el alcalde? Se cercioró de que el reloj funcionaba correctamente y bajó a la iglesia, tambaleándose bajo el peso de la jaqueca. Al salir, vio de nuevo a la mujer que hacía labores en su silla de enea. Se le quedó mirando con curiosidad. Don Custodio entró en la casa y subió los peldaños, agarrándose al pasamanos de la escalera. Al llegar arriba se encontró de nuevo exactamente igual que la noche anterior, con la mujer del alcalde, que sostenía la misma sopera de porcelana entre las manos. La mujer se quedó inmóvil al verle y no tardó en gritar:

—¡Guzmán! ¡Guzmán! —su voz, notó don Custodio con cierta desgana, tenía una tersura juvenil.

El relojero no supo qué decir, pero notó que en lo más hondo de su mente salía una respuesta que él no podía dejar de soltar, como si la casa del alcalde se hubiera transformado en un teatrillo de entremeses y él fuera uno de los actores que entraba —en ese mismo momento— en la escena.

—Buenas noches nos dé Dios —exclamó—. No me

conocéis, pero soy el relojero. He venido de Huesca a arreglar el carrillón de la iglesia.

—¿Otro relojero? ¡Qué Dios nos asista! —hizo su aparición el alcalde y quedóse mirando desconfiadamente a don Custodio. En su expresión había algo de pánico contenido, y a la vez teñido de cierto distanciamiento.

—¿Qué se os ofrece? —fue su única respuesta.

—He estado mirando el reloj y parece que ...

—Pero vos, ¿quién sois? —cortó el alcalde fríamente. Parecía, realmente, otro hombre.

El relojero se adentró en el comedor y se sumió, al sentarse en la misma silla que la noche anterior, en un profundo estupor. “¿Cómo sabéis mi nombre?”. “¡No os conozco ni vos a mí!”, etc. Cuando la tediosa escena hubo concluido al fin y don Custodio hubo arrastrado —con pies plomizos— al alcalde hasta su alcoba para apearle de su yerro, cuando hubieron vuelto a discutir sobre el precio del arreglo, cuando don Cayetano hubo inclinado la cabeza ante el relojero y sentándose en la mesa en silencio, cuando todo ello hubo concluido y don Custodio se encontró de nuevo en su alcoba y no pudo evitar acostarse en el lecho y quedarse dormido en el acto —a pesar de que la angustia de una posible repetición infinita de la misma escena del diálogo con el alcalde y su esposa durante todos los días de su vida, durante toda una eternidad, repiqueteaba en sus sienes con un dolor sordo, impidiéndole creer que pudiera conciliar el sueño— entonces y sólo entonces, el reloj dio algunas campanadas agonizantes y desordenadas y todo el pueblo quedó silencioso de nuevo.

Don Custodio, algún tiempo después, despertó y alzó la cabeza olfateando el aire fresco de la noche. Sobre el aceite de las lamparillas ardían las bujías que él mismo había apagado a su llegada. Las volvió a soplar y miró por la ventana. No se oía nada. Volvió al lecho y quedó dormido de nuevo profundamente.

Cuando tornó a despertar ya era de día. Las sienes le dolían fuertemente y parecíale haber dormido varios meses. Al ponerse en pie, las piernas se le doblaron de pura debilidad y tuvo que agarrarse a la cabecera de la cama para no caer. Se repuso y salió arrastrando los pies hacia el comedor,

tambaleándose como un borracho. No había nadie ni se oía ruido alguno. Se sentó, doliéndose de la cabeza con ambas manos. Además, tenía mucho frío. Apareció don Guzmán, tambaleándose como él, y en camisola de dormir. Miró con ojos vidriosos a don Custodio y ambos quedaron frente a frente, inmóviles.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó el relojero.

—Creo que se ha vuelto a detener, pero no puedo asegurarlo. Siento como si hubiera dormido varias semanas —don Custodio asintió—. La cabeza me pesa como el granito.

Un golpe de aire les hizo levantar la cabeza y mirar al exterior con sorpresa. Un vendaval de hojas amarillas y secas revoloteaba a impulsos del aire frío que se colaba por la balconada abierta. Algunas gotas repiquetearon en los vidrios y arrancó a llover torrencialmente. Por fin, un relámpago restallante les hizo dar un brinco, al unísono. Luego, un trueno seco retumbó por los costados sombríos de la Peña Montañesa. Don Custodio afirmó con pesadumbre:

—Que el diablo se me lleve si no es otoño ya.

El alcalde dio la callada por respuesta. Doña Candelaria apareció por la puerta y se tambaleó también ante el espectáculo otoñal inesperado.

—Bueno —habló el alcalde—, habremos de hacer fuego y ver de cenar algo. —Se volvió a su esposa. —Vamos, mujer, muévete, que está al caer la noche.

Don Custodio anunció que iría a ver el reloj, por si todo funcionaba correctamente de nuevo, y el alcalde le conminó a ser cuidadoso con lo que hacía, a lo que asintió el relojero. Ya en lo alto de la torre, prendió la vela y se quedó observando el reloj. Quiso acercarse hacia él, pero la inmensa mole de ruedas le infundió un pavor y una angustia que no pudo superar. Tan sólo acertó a quedar inmóvil delante de la maquinaria, sintiendo los latidos de su corazón en sus sienes abotagadas, al ritmo de los segundos que caían desgranados por el escape. Pensó en detenerlo y huir del pueblo, pero una idea turbadora le hizo detenerse cuando ya se disponía a hacerlo. ¿Y si él mismo quedaba petrificado como el resto de los habitantes del pueblo? Sería el fin. No se atrevía y, además, ya no sabía ni remotamente, no ya qué hora pudiera

ser, sino siquiera qué día, qué mes, qué año. La idea de no saberse situado en un tiempo preciso hizo dar vueltas a su cabeza y le sumió en tal angustia que tuvo que dar varios pasos deslavazados por la estancia en penumbra hasta poder sentarse, presa de agitación, sobre el eje de la esfera. Se acordó de la mujer, allá en Huesca, y se preguntó si también lejos de Torrelisa los hombres estarían sujetos a la influencia poderosa de aquel artilugio. Miró su cronómetro, que yacía olvidado en uno de los ejes de la máquina, y con pavor comprobó que las saetas estaban retorcidas por el óxido, y que la herrumbre había trepado por sus costados como los bubones negros de una peste. Intentó levantarlo, pero se hallaba soldado al metal sobre el que reposaba. Un deseo imperioso de huir de allí le atacó de súbito, de escapar del pueblo, de volver para siempre la espalda a aquel reloj. Pero a la vez, la máquina parecía haberle atrapado con una suerte de extraño maleficio. Seguía lloviendo pesadamente y los goterones producían en el tejado de la torre un golpeteo que ahogaba el sonido acompasado del reloj. Bajó con pesadumbre las escaleras mohosas y estaba a punto de salir a la nave cuando observó que detrás de la puerta por la que se accedía a la iglesia había otra puerta más baja, sobre cuya dovela una inscripción rezaba en latín: OMNIA VULNERANT, POSTRERA NECAT. El relojero adivinó que aquella piedra provenía del reloj de sol de la torre. Empujó la puerta, pero no cedió ni una pulgada, pues estaba fuertemente atrancada. Al agacharse para atisbar por el ojo de la cerradura, le saludó la negrura más absoluta. ¿Qué habría tras aquella estancia? Sintió deseos de forzarla, pero no tenía ni medios ni autoridad para hacerlo. Indagaría ante el alcalde y el mosén cuando los viera. Al salir otra vez a la plaza, saludó a la misma vieja de siempre. Se fijó en el mantillo de lana que tejía y se quedó atónito, pues era larguísimo y se enroscaba en el cesto levantando más de dos palmos del suelo. La anciana, empero, le volvió a mirar con curiosidad, expectante —como ya era habitual— y no dejó de entrechocar las agujas nerviosamente. Siguió adelante y entró en la casa. La cena humeaba sobre la mesa.

—¿Habéis visto el reloj? —preguntó el alcalde.

El relojero asintió y se encogió de hombros.

—Sigue lloviendo —farfulló doña Candelaria con disgusto.

Mosén Cayetano hizo su entrada en ese momento. Unas enormes bolsas bajo sus ojos hacían juego con sus hábitos. Bendijo la mesa en voz ininteligible y todos comieron en silencio. Cuando hubieron terminado y sólo quedaban algunas frutas por mascar, se oyó una voz en el patio que llamaba al mosén. La voz fue subiendo y apareció la misma joven que don Custodio había visto desvanecida en el confesionario. Venía agitada y llorosa. Se le hizo pasar, se le dio agua, tomó asiento entre sollozos, y acabó por explicar que una vecina del pueblo estaba pariendo y que el niño parecía venir muerto o contrahecho, por lo que querían que el sacerdote le diese la extremaunción por si la desgracia que barruntaban fuera cierta. Salieron todos, excepto doña Candelaria, y caminaron bajo la lluvia hasta una de las casas más alejadas del pueblo. Al entrar, vieron a las comadronas que se afanaban alrededor de un gran lecho sobre el que reposaba una mujer gruesa, de labios rojos y tez extremadamente pálida. Parecía hallarse en las mismas ansias de la muerte, pensó don Custodio. A excepción del mosén, que penetró en la estancia con la solemnidad exigida al caso, se les ordenó a todos esperar fuera. Allí estuvieron más de media hora. Cuando este lapso de tiempo hubo pasado y ya el alcalde y el relojero estuvieron hartos de enjuagarse la lluvia con las manos y de aporrear el suelo con los pies a fin de combatir el frío, un gran alboroto procedente del interior de la casa les hizo empujar la puerta y adentrarse en la habitación. La madre se había desvanecido y la partera sostenía entre sus manos una criatura espantosa, mitad humana, mitad animal, con la piel color de comadreja sucia y la cara oscurecida por una pelambreira grisácea. Las manitas se hallaban provistas de enormes uñas negras y por entre la sangre de la placenta y los primeros mocos llegaba un estertor grave y quejumbroso que les heló la sangre en las venas, poniéndoles un nudo en la garganta. El alcalde arrastró al espantado relojero hasta la calle y anduvieron, de vuelta a casa, silenciosos y cabizbajos bajo la lluvia. Don Custodio se retiró a su cuarto y se sumió en los más negros pensamientos. Sintió otra vez con fuerza la premonición del desastre, como ya sospechara a su salida de Huesca. ¿Qué hacer? ¿Escapar? ¿Detener el reloj? ¿Vigilar cuidadosamente su marcha hasta que todo el pueblo hubiera abandonado el valle, alejándose de su maléfica influencia? Se acordó de la puerta cerrada al pie de la torre y decidió interrogar al alcalde. Don Guzmán

seguía sentado en la mesa del comedor y pareció volver de un sueño cuando don Custodio lo interpeló.

—Se trata de una antigua cripta, en la que hay algunos enterramientos.

—¿Es allí donde guardáis los relojes? —insistió el relojero.

Don Guzmán asintió distraídamente. Luego levantó la cabeza y clavó en el relojero una mirada amenazadora.

—Os prohíbo que entréis allí. Como alcalde y amigo vuestro.

Don Custodio quedó confundido.

—Más adelante entraréis, cuando haya pasado todo esto —añadió al cabo.

—¿Cuándo comenzó este asunto del reloj? —preguntó don Custodio.

El alcalde se enderezó un poco sobre la silla, de la que su hastío y desesperación le habían medio esbarizado.

—Yo era aún un niño entonces. Debió de ser cuando cambió el calendario. Al principio vinieron gentes de Zaragoza, e incluso de Madrid. Trajeron un notario y levantaron acta de todo. Preguntaron, indagaron, se llevaron a un par de habitantes presos y, por fin, mandaron a un relojero que no pudo hacer nada por arreglarlo. Después, las cosas siguieron igual, salvo en ciertas épocas en las que el reloj parecía más distorsionado que de costumbre. Hay estaciones peores que otras —miró a don Custodio. —La primavera y el otoño son las más dados a estos desórdenes. En invierno está algo más calmo. En verano también, a excepción de este año, que no sabemos qué tripa se le ha roto. Está completamente loco.

—¿Y qué podemos hacer? —insistió el relojero.

Pero don Guzmán ya no parecía estar en disposición de hablar, ni menos sobre aquel asunto. Se volvió a dejar caer en la silla y se rodeó de un halo de mutismo desesperado.

A partir de aquel día, las cosas se estacionaron y los acontecimientos se amansaron. Don Custodio se dedicó a dar vueltas al problema, subiendo de cada en cada al reloj, y no decidiéndose a hacer nada en concreto. Los días se hacían

eternos, ya que el reloj parecía funcionar correctamente, hasta tal punto que el alcalde llegó a pensar que todo estaba arreglado por fin. En sus paseos, don Custodio se dedicó a recorrer el pueblo. Merodeó por las veinte casas de Torrelisa, pero en ninguna hicieron amago de abrirle la puerta ni de invitarle a tomar un vaso de vino. Con sus habitantes tuvo la misma suerte. Se limitaban a saludarle gravemente —y con una inexplicable curiosidad— cada vez que cruzaba los pasos con alguno de ellos. Paseó incluso por los campos y vio que estaban cuidados y que parecían ricos en pasto y ganado. Divisó a un pastor que, en medio de un pastizal, miraba fijamente a las vacas, como si temiera que alguna de ellas fuera a desvanecerse de un momento a otro. Don Custodio se acercó hasta él por entre los rastrojos altos y le dio los buenos días. El hombre respondió amablemente, pero sin levantar la vista de las vacas, que parecía mirar por turnos de diez o doce segundos cada una.

—Usted es el relojero —masculló al fin. Era una afirmación que no admitía respuesta, pero don Custodio se vio obligado a asentir para hacerle seguir con la plática.

—Y qué hostias hace aquí —era otra afirmación.

—Pues me han traído para que recomponga el reloj —acertó a explicar.

El hombre apartó la vista de las vacas por un segundo para decir:

—El reloj anda la mar de bien —era joven y de barba muy cerrada, pero calvo de media cabeza, con un torso hercúleo y unos brazos membrudos. Sus manos sostenían una zurriaga de mieses entretejidas. —El que anda mal es el alcalde —añadió al cabo de un rato.

—¿Y eso?

—Está trastornado con la jodida máquina esa. Si trabajara todo el día no le andaran ideas raras por la cabeza —calló durante un segundo y miró a las vacas rápidamente antes de apartar la vista de ellas—. Dicen por ahí que tiene un par de relojeros escondidos en la cripta.

—¿La que hay debajo de la torre? —inquirió don Custodio.

El pastor asintió dejando caer la cabeza.

—Ándese con tiento, señor relojero, no vaya a ser que le den cuerda entre el cura y el alcalde —y, dicho esto, volvió a mirar a las vacas y dio por terminada su conversación.

Don Custodio forzó una sonrisa de puro milagro y se despidió del pastor.

Al cabo de tres o cuatro días, el reloj pareció volver a desorganizarse de nuevo. Don Custodio estaba en la plaza cuando ocurrió. La saeta dio algunas vueltas y sonaron como dos medias campanadas, es decir, dos repiques sin rastro de eco. Desde las profundidades de la torre surgió un aullido muy breve pero intenso, que don Custodio acertó a escuchar durante medio segundo tan sólo. Luego, todo volvió a su anterior y encrespada calma.

Pasó una semana más y el encontronazo con el alcalde llegó a ser inevitable. Don Guzmán mandó llamar al relojero y, en presencia del mosén que miraba desde una esquina del comedor, le comunicó que podía irse del pueblo y que le pagaría los honorarios convenidos, pese a que no tenía certeza de que el reloj estuviese efectivamente arreglado. Don Custodio negó con la cabeza al tiempo que afirmaba que no se iría del pueblo hasta conseguir que aquel hideputa de reloj entrase en razón. El alcalde replicó que no fuera loco y que huyera del valle ahora que estaba a tiempo, y lo más aprisa que pudiera, que ya se encargaría él de buscar a otro relojero. Don Custodio montó entonces en cólera y gritó como un energúmeno que no habrían de encontrar otro mejor que él en todo el reino y que esa misma noche estaría arreglado, pues no se iría a dormir sin lograr que esa máquina entrase en tiempo y razón. Don Guzmán, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo gala de un mal talante que sorprendió al relojero, gritó a pleno pulmón que desde ese mismo momento prescindía de sus servicios y que hiciera la merced de irse del pueblo en la misma mañana siguiente, a lo que el relojero replicó que no se iría ni por pienso y que nadie le gritaba a él de aquella forma, ni menos un alcalducho de una aldea de tres al cuarto desbaratada por el mal andar de una antigualla carrillonera. De tal forma fueron creciendo los gritos y las amenazas por parte de ambos —en gran parte como descarga por la tensión de los últimos días, tan poco prodigios en acontecimientos— que no pudieron menos que levantarse y enzarzarse en una medio pelea, en la que los

golpes y puñadas anduvieron por el aire, y hubo de acudir doña Candelaria para separarlos a sartenazo limpio. La calma se hizo al fin, no sin que el relojero se reafirmara testarudamente en su idea de ir hasta el reloj y pararlo al instante, para lo cual afirmó necesitar que todos los habitantes del pueblo se alejaran lo suficiente como para no quedar inmersos en su tiempo descalabrado. La idea pareció convencer al alcalde, pues un cierto brillo iluminó sus pupilas cuando oyó las palabras de don Custodio, sin que éste, embebido en su cólera y con el orgullo herido de muerte por las palabras del alcalde, pudiera advertirlo.

Se sentaron en las sillas algo más calmos y don Custodio expuso su intención más llanamente, y ésa era que salieran todos los habitantes de Torrelisa a la noche y él, después de ello, trataría de arreglar el reloj sin pararlo o, en todo caso, lo pararía a fin de proceder a recomponerlo. Si al hacer esto último, tenía la mala fortuna de quedar petrificado como si fuese un habitante del pueblo, el alcalde y el mosén entrarían en él de mañana y pondrían de nuevo el reloj en marcha para poder retomar la operación así fallida. Y si no sucedía así, si la parada del reloj no le afectaba ni poco ni mucho, él mismo cambiaría la catalina y las ruedas más notables del reloj y tornaría a ponerlo en marcha. El cura, tras algunas precisiones y dudas, objetó finalmente que ellos no podrían entrar en el pueblo si él paraba el reloj, por lo que, en caso de quedar petrificado por la falta de tiempo, malamente podrían ayudarle. Don Guzmán acalló al mosén con unos argumentos que ni don Custodio entendió ni parecieron convencer al mosén, quien volvió a inquirir que qué pasaría si paraban el reloj y ellos quedaban petrificados también sin que el relojero pudiera saberlo. El alcalde sostuvo que aquello era imposible, pues la influencia de la máquina no llegaba tan lejos. Don Custodio entendió que en su plan, que había expuesto tan alocadamente, había algo que ayudaba al alcalde en sus desconocidos propósitos, pero no supo adivinar el qué. Advirtió además que don Guzmán cruzaba con el mosén miradas de advertencia y amenaza, como conminándole a callarse y a recibir explicaciones en privado.

Todo el mundo se puso en marcha al mando del alcalde, después de ser convocados por el alguacil a golpe de corneta. Se reunieron en la plaza, y todos ellos, provistos de

candiles y fanales, desaparecieron por la senda estrecha que serpenteaba valle abajo rumbo a Aínsa. El relojero se dirigió a su alcoba entonces y recogió todos sus instrumentos y piezas de cambio que traía en un saco embreado. Salió a la plaza y, después de contemplar con cierta turbación la pequeña fila de lámparas que como una procesión de luciérnagas se alejaban hacia la boca del valle, entró en la iglesia y subió a la torre. Tras encender una bujía y dejarla arder en medio de la estancia, se dispuso a entrar en el reloj. Una vez entre sus engranajes, volvió a invadirle el pánico y tuvo que admitir que había valorado sus fuerzas y, por supuesto, su valor en demasía, pues vio claramente que no se atrevía a pararlo, ni aun siquiera a cambiar ninguna pieza. Se sentó en el alféizar de las ojivas y permaneció silencioso, en tanto que sentía que el hogar de la cólera que ardía en su interior iba trocándose en cenizas medrosas. El corazón le golpeaba en el pecho con fuerza desbocada. Miró a lo lejos, pero la comitiva luminosa se había esfumado en la negrura de la noche. De nuevo en pie y aguijoneado por la ansiedad que su indecisión le producía, se adentró entre las ruedas. Al levantar de nuevo el escape, se fijó en una rueda que antes no había advertido. Estaba adosada a la catalina y permanecía inmóvil y desligada de la marcha del reloj, sin que don Custodio pudiera imaginar cuál era su función. Siguió con la vista atentamente la trayectoria del eje y vio que no estaba unido al cuerpo principal de la marcha ni al de sonería, pero en cambio tenía su propio tambor, alrededor del cual se enrollaba una pequeña cadena de la que colgaba una pesa larga no más de un palmo, coloreada de oropimente o quizás bañada en oro de ley. Pero su mecanismo no era completamente independiente de la maquinaria central, pues el escape era de doble uña, y la segunda de estas uñas podía ser hecha caer sobre los dientes de esta rueda independiente, con lo que su giro pasaba entonces a ser controlado por el eje central y las pesas que colgaban inertes por el hueco de la torre. Investigó y husmeó, metiendo la nariz por todos aquellos sitios en los que ésta cupo, pero no pudo averiguar nada más. La única manera de enterarse de la función de aquel mecanismo adyacente era pensar con cierto terror en dejar bajar el escape y ver qué ocurría. La mano le tembló cuando hizo girar el pasador del escape para que la segunda uña cayera sobre los dientes de aquella rueda. Al hacerlo así, y después de que don Custodio hubiera retirado la mano, con

la práctica y la cordura que dan la experiencia, toda la máquina volvió a temblar, pero esta vez con un gemido metálico tan espantoso y lúgubre que el relojero se estremeció hasta la misma raíz de los cabellos. Los ejes se combaron por efecto de una misteriosa y hercúlea presión y, desde los cuatro costados de la torre a los que estaban sujetos por medio de una dura y reseca argamasa, comenzaron a caer fragmentos de ladrillo, pajas, nidos de araña y arañas que se despabilaban de su primer letargo invernal, ratones, polvo, cenizas, todo ello en cascadas y nubarrones que casi ocultaron la máquina convulsa. Las saetas de las cuatro esferas comenzaron a girar como imantadas por algún filón de ciclópeas dimensiones y el tiempo y el mundo tornaron ante los ojos de don Custodio, que se guardaba la cabeza con las manos. A través de toda aquella algarabía de relojes y horarios desatados, oyó con claridad unos aullidos que venían de debajo de la torre y pensó que algún habitante rezagado estaba en peligro. Arrastrándose por el piso sobre su vientre, salió de la estancia y bajó a la iglesia. Las naves se estaban derrumbando entre estallidos secos de las vigas, y las subsiguientes cascadas de tejas y nidos de cigüeña. Al retroceder otra vez hacia la torre para resguardarse de la lluvia de ladrillos y trozos de frescos pintados de ángeles trompeteros que salían del cielo, vio que la puerta de la cripta cerrada se había venido abajo y saltó por entre la madera astillada, rodando por la escalera mohosa, alfombrada de una marea de ratas grisáceas que escapaban del hundimiento del desastre. Cuando se hubo puesto en pie y frotado las ronchas y los coscorrones, observó la cripta que unas fuerzas telúricas parecían estar estrangulando. Era una estancia enorme, de más de cien pasos de largo, y se adentraba por debajo del suelo de la plaza. Estaba en algunas zonas tallada en roca groseramente desbastada. En otras, en cambio, grandes placas de mármol alisaban su superficie, ahora desbaratada por el desastre. En todas aquellas paredes y por los suelos colgaban o yacían ingentes cantidades de relojes de todos los tamaños o calidades, y don Custodio dedujo que eran los relojes que don Guzmán guardaba allí por alguna misteriosa razón que empezaba, sin embargo, a columbrar. Estaban ya casi sepultados por el polvo, la ladrillería y el mármol que caían por todos los lados. Sin embargo, el relojero vio algo que le fascinó por lo horroroso: en una infinidad de sillones de tijera de cuero desgastado reposaban cuerpos de hombres, al parecer conservados

insepultos por medio de un extraño artificio. Los había viejos y jóvenes, altos y bajos, gruesos y magros, pero todos ellos sostenían en su mano derecha un reloj grande de cadena pegado al oído, y en su expresión mortecina y apergaminada había un remedo de vago interés hacia los segundos que parecían estar escuchando, pues la oreja seca se había pegado a la misma esfera del reloj y, por entre algunos agujeros de sus carnes correosas como parches de tambor, sobresalían ruedas, manivelas y cuerdas de empuje mecánico. Don Custodio los inspeccionó, absorto en su contemplación e indiferente al caos que iba creciendo a su alrededor, y se detuvo delante del último de ellos. A pesar de sus facciones amarillas como un legajo viejo, de su mano engarfiada alrededor del reloj que sujetaba con fuerza, de su melena mortecina que caía hasta las losas del suelo tapando buena parte de su sillón, de su expresión ulcerada por el dolor y la angustia, reconoció a don Pedro Sarmiento, su maestro de la juventud. Cuando el cielo de la cripta se resquebrajó por fin, se oyeron unas campanadas lentas que hicieron brotar de todas aquellas encías mondas, de aquellas bocas semiabiertas por la sorpresa, de aquellos ojos que bizqueaban al intentar mirar el reloj que la mano sostenía, un bramido como de cien mil toros heridos de muerte, un sordo bramido que creció en intensidad hasta obligar al relojero a taparse los oídos. Luego, el bramido se convirtió en un aullido que se descompuso en mil ecos lúgubres y desesperanzados. Al final, sólo quedó una polifonía agónica que retumbó por los restos de las paredes que se hundían. Don Custodio vio cómo aquellos cuerpos se fundían como si se tratase de bronce griegos en una fragua y, por debajo de los asientos de cuero negro de cada uno de ellos, una leve y finísima línea de arena caía amontonándose sobre las losas. Cuando hubo una pirámide de polvo fino debajo de cada uno de los asientos, vio que donde antes reposaban los relojeros yertos tan sólo quedaban montones de ruedas dentadas de todo tamaño y grosor, pasadores y escapes, tuercas oxidadas, pesas de plomo y esferas con saetas que marcaban horas inverosímiles. Todos aquellos intestinos de reloj se derrumbaron unos sobre otros, tratando desesperadamente de hallar el reposo que les impidiera para siempre seguir girando. La torre, convertida ya en una ruina, se tambaleó por última vez y quedó quieta al fin, pues sus cimientos parecieron asentarse. El silencio volvió poco a poco, roto cada vez menos por el sonido metálico de algún

tic u otro tac de los relojes que se resistían a volver a la quietud de cuando sólo eran trozos de metal inerte. Don Custodio subió por la escalera y por entre sus piernas vio cómo la alfombra de ratas grises volvía a bajar y se abalanzaba sobre las pirámides de polvo que yacían debajo de cada uno de los sitiales. Salió a la iglesia y atravesó el pueblo desierto para coger la senda de Aínsa, sumido en los más negros y amargos pensamientos.

El sol brillaba en lo alto, pero don Custodio no estuvo seguro de que fuera de día, de si iba a encontrar gente en el pueblo al que se dirigía o si, llegado a Huesca, se encontraría a sí mismo trabajando cansinamente en su taller de la calle de la Asunción. Anduvo como un borracho todo el día. Oscurecía cuando llegó a Aínsa. Las calles estaban desiertas. Se dejó caer, exhausto, sobre las escaleras del pórtico de la iglesia y quedó profundamente dormido.

Unos brazos lo despertaron a la mañana siguiente. Al volver a la realidad, sintió otra vez el pánico inmenso de la jornada anterior sin ni siquiera recordar lo que en ella había acontecido. Un hombre moreno y de aspecto rudo le sacudía por los hombros, ordenándole despertar e irse de allí. Se levantó, dolorido por las múltiples magulladuras del derrumbamiento, y vio que había una pequeña multitud que le rodeaba, entre compasiva y atemorizada. Pronto cayó en la cuenta de que no era él el objeto de sus miradas. Un bullicio mayor salía de dentro de la iglesia, y el relojero tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a un párroco ataviado de gala, que hizo entrada por entre las dos docenas de mirones que se alineaban a ambos lados del pórtico. Don Custodio se introdujo en la iglesia y vio, esparcidos por debajo de los bancos de madera de pino, a los habitantes de Torrelisa. Estaban inertes, aunque no petrificados como ya los viera en otra ocasión. El tiempo enloquecido parecía haber producido en ellos la más malévola de las transformaciones —y a la vez la más horrorosa— mientras pernoctaban en aquella iglesia. Don Guzmán, por ejemplo, no parecía ya aquel hombre adusto y envejecido que conociera en el pueblo. Ahora era — y don Custodio se preguntó si para siempre— un jovenzuelo de quince o dieciséis años, de bozo todavía insinuante y labios sonrosados. El mosén era, en cambio, una anciana de más de cien años, con ojos inverosímilmente hundidos en sus cuencas, bordeadas de arrugas como la nuca de un labriego.

Sostenía entre sus manos secas como sarmientos un rosario cuyos pétalos habían reverdecido y abiórtose en flor. La sotana le caía lacia por todos lados. Doña Candelaria era una mujer joven, de una exorbitante hermosura, pero sobre sus mejillas sonrosadas se insinuaba ya la violácea flor de la putrefacción. La joven que viera en el confesionario estaba arrodillada y sus manos juntas parecían invocar la intercesión de la Virgen en la dolorosa transformación de la cual era víctima. La parte superior del tronco era vieja hasta la ancianidad y, por contra, de torso para abajo, la mórbida blancura de sus piernas constituía el centro de las miradas fascinadas que rodeaban el montón de cuerpos. De entre todos aquellos habitantes refugiados en la casa de Dios los había que parecían haberse fundido entre sí y asemejaban horribles criaturas, como las que se exhiben en las ferias para alborozo de campesinos. Hombres había que se habían fundido en parte, de tal suerte que su tronco mismo parecía el de un árbol que hubiese echado raíces por entre las losas de la iglesia. Otros sonreían y sollozaban a un tiempo, y don Custodio se fijó en uno que daba la impresión de haberse disuelto en el mismo banco sobre el que reposaba, pues de la madera nudosa de éste sobresalían las manos y las rodillas, amén de la nariz y la boca, torcida en un gesto de beatífica resolución. Varios hermanos permanecían apiñados en un solo bloque, del que sobresalían miembros incontables y caras recubiertas de una tristeza feliz. Don Custodio se paseó como un sonámbulo por entre aquella masa de hombres que el tiempo había convertido en juguetes de su tedio y vio cómo en aquel amasijo de cuerpos que se amontonaban unos contra otros, aferrados a las maderas de los bancos y a las frías losas del suelo, sorprendidos por algún designio inescrutable, había una unidad, una calmosa y restallante serenidad, un modelo incluso para los mismos frescos que adornaban aquella iglesia. Comprendió que el tiempo había jugado con ellos con saña implacable, pero que ellos, con azorada y traviesa inocencia, también habían jugado con el tiempo.

(Madrid-Falset, Enero-Abril de 1988)